

Colección de cuentos
populares coreanos



Tres Hermanos

Colección de cuentos populares coreanos

Tres Hermanos

Por Kim Chong Il

**Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1993**

Acerca de la colección de cuentos populares coreanos “Tres hermanos”

Entre los habitantes de Corea, país con una historia milenaria y una cultura brillante, se transmiten desde la antigüedad un gran número de cuentos.

En el presente libro se recogen algunos de admirable contenido como “Siete titanes”, donde aparecen personajes valientes y fuertes, y “Tres hermanos” en el que los protagonistas con raros garrotes tumban a feroces nobles que no les dejan vivir en paz.

En total se incluyen 21 cuentos populares, de los cuales unos, por ejemplo, “La bola azul y la roja” y “Tortuga parlanchina”, muestran que las personas de buena fe encuentran la felicidad y las de mala fe el castigo, y otros tienen como tema el amor filial, el trabajo y la hermandad.

Las narraciones de la presente colección encierran los deseos y sueños de las masas populares y las lecciones sacadas de la vida, y tienen carácter de fábulas o sátiras.

ÍNDICE

Liebres blancas en la luna	1
Yon I y el muchacho-hoja de sauce llorón	12
Siete titanes	22
Rubeta díscola	31
La hormiga y la liebre	37
Tortuga parlanchina	41
Soya y fuerza	49
Así se recogieron las peras silvestres	55
Entrañables vecinos	59
Mapache perezoso	66
El viejo cazador y el ciervo dorado	71
El castigo de un muchacho ligero	79
Tres hermanos	85
Saltamontes arrogante	105
Metate singular	109
La bola azul y la roja	114
Muerte del zorro	123
El hermano y la hermana que vengaron a los padres	128
Las mazas de oro y de plata	137
El tigre y el toro	143
Koedong-i inteligente	146



Liebres blancas en la luna

Antaño, en una remota montaña vivían felices una liebre, bondadosa y laboriosa, y sus preciosas crías.

Un soleado día primaveral, la liebre salió de la cueva llevando un cesto tejido con tallos de asnacho. Quería recoger blandas yerbas las que más gustaban a sus gazapos.

—¡Vaya, qué buen tiempo!

Las lomas se cubrían de azaleas y los cucos cantaban alegremente.

La liebre, de buen humor, canturreó mientras recogía una por una hierbas más blandas recién brotadas, pasando de un valle a una lomita y de ésta a otro valle.

Como era laboriosa el cesto se llenó poco tiempo después de las más apetitosas, frescas y suavécitas yerbas. Mirándolas ella no cabía en sí de tanta satisfacción.

—¡Cuán alegres se pondrán mis pequeñitos cuando las vean!
¡Y con cuánto gusto las comerán!

Por fin, emprendió el camino de regreso, con el cesto sobre la cabeza. Enfrascada en recoger yerbas no se dio cuenta de que había llegado a un lugar lejos. Así que le quedaba un largo camino de vuelta. Se puso a correr con el único deseo de ver cuanto antes alegrarse a sus pequeñitos. Pero, desgraciadamente cayó en una trampa, cavada por los cazadores para atrapar corzos.

Por lo general, una liebre, mucho más ligera que un corzo, no caía en esas trampas, pero, esa vez, además de que iba cargada con un cesto lleno de yerbas saltaba con fuerza, lo que le hizo hundirse en el hueco.

Al rodar hacia el fondo se desmayó, recobrándose al cabo de un largo rato. Miró hacia arriba y vio muy alto el cielo azul con manchas blancas. Las paredes eran tan pendientes y resbaladizas tal cual precipicios, no había ni un punto en que apoyarse para escalar.

“Díos mío, me matarán los cazadores. ¿Qué será de mis pequeñitos sin mamá? Tal vez, andando por los bosques en

busca de su madre serán devorados por los zorros...”

Tales pensamientos le atormentaban más. Hizo de todo para salir.

Dio saltos y con las uñas de las patas delanteras escarbó las paredes, pero la trampa era tan profunda como insuperable.

La liebre, ahogada por la desesperación, lloró desoladamente.

En ese preciso momento un corzo que pasaba cerca oyó los sollozos y miró al interior del hueco.

—Pobrecita de ti, ¿cómo caíste en esta desgracia?

La liebre le imploró con ambas patas delanteras abiertas:

—Por favor, sálvame.

El corzo, como era cobarde, dijo con voz temblorosa:

—Debería ayudarte, pero no tengo idea de cómo hacerlo. Como ves, mis patas delanteras son cortas. No debo acercarme a lugares así porque puedo caer yo también en él. No sé cómo ayudarte.

Se sentó bastante alejado del hueco y se limitó a manifestar su preocupación y después desapareció.

La liebre, sintiéndose todavía más desconsolada, volvió a llorar a mares. El encuentro con el corzo le causó un efecto nefasto.

Fue entonces que al oírla se acercó despreocupadamente un mapache y miró con curiosidad al fondo de la fosa. Y manifestó su compasión:

—¡Qué lástima! Pero, ¿cómo caíste en él?

Con los ojos inundados de lágrimas la liebre suplicó:

—Mapache, ayúdame a salir de aquí.

El mapache le dijo con voz pesarosa:

—Lamento no poder hacer nada para ti. Tú sabes bien que soy un torpe. Para mí es riesgoso acercarme a estos sitios.

Y se fue. “¿Cómo podían conducirse así cuando se dice que los vecinos son como parientes?” La actitud del mapache causó mucho dolor a la liebre.

Ocurrió que en aquel instante apareció un zorro quien al echar un vistazo al interior de la fosa se puso a reír como si hubiera encontrado algo simpático.

—¿Eres tú, liebre? ¡Oh, cuánto me alegro!

La liebre, muy furiosa, le gritó ásperamente:

—Cuando te vea en mi situación...

—¿Todavía tienes ánimo para hablar? Debes saber que todo ha terminado para ti. Bueno, me voy.

Y antes de alejarse quedó un rato riéndose de la liebre. Esta, indeciblemente desanimada, volvió a llorar.

Vino entonces el gato montés y curioso miró al fondo del hueco. Con voz burlona dijo:

—Pobrecita de ti, has sido condenada a la muerte.

La liebre, sumamente indignada, le espetó:

—No te pido socorro. Vete, no quiero verte.

—Sin que me invites a irme me voy.

Y se alejó tranquilamente, sin mirar siquiera una vez hacia atrás.

No bien se fuera el gato montés llegó saltando una ardilla quien al ver la desgracia de la liebre quedó muy sorprendida.

—Usted, madre de los gazapos blancos, ¿cómo cayó en esta desgracia?

Al verla la liebre se animó y le rogó:

—Mi querida ardilla, hazme un servicio. Corre pronto a mi casa y diles a mis pequeñitos lo que me ha ocurrido.

La ardilla meneó la cabeza en sentido negativo.

—¿Cómo podré ir a un lugar tan lejano?

—Si corres...

—Se me corta la respiración si corro.

—Haciendo paradas puedes.

—Está bien, trataré.

Como era amable y comprensible corrió con rapidez. Apenas entonces la liebre se tranquilizó algo. Pero, al mirar las altas y escarpadas paredes de la trampa volvió a llorar.

“Mi muerte no será gran cosa, pero después ¿qué será de mis pequeñitos?”

Se acurrucó en un rincón de la fosa y esperó con ansia la aparición de sus crías.

Entretanto la ardilla siguió corriendo, parándose de vez en cuando para tomar aire. Algún tiempo después llegó a la casa de la liebre. Respirando con dificultad gritó a los gazapos:

—Chicos, ocurrió una gran desgracia. Su madre cayó en la trampa que hay al pie de una lomita. Vayan pronto a verla.

Al oírle, los gazapos lloriquearon.

—¿Qué hemos de hacer ahora?

—¿Cómo pudo caer en la trampa?

—¿Qué será de ella?

La ardilla les aconsejó:

—Sólo con llorar no se consigue nada. Vayan pronto adonde ella. Tomen el camino que acabo de recorrer. Rápido, tienen que hacer algo para salvarla. Corran y corran, haciendo alto cuando se les corte la respiración.

Los gazapos, en parejas y cogidos de las manos, salieron veloces por el camino señalado por la ardilla. Normalmente hubieran necesitado bastante tiempo para recorrerlo, pero esa vez lo vencieron rápidamente.

Al llegar al borde de la fosa se pusieron a llorar, dando saltitos.

—Mamá, mamá, ¿qué vamos a hacer?

La liebre no pudo dominarse al ver a sus crías y rompió en sollozos. Pero, pronto, enjugándose los ojos, dijo:

—Escúchenme, mis pequeñitos, nadie me va a socorrer porque ustedes lloren. Así no podemos hacer nada. Vayan a la aldea y tráiganme la vieja azadilla que está abandonada al lado de la chimenea de la casa del viejito Kim. Con ella trataré de excavar huequitos donde apoyar mis pies para escalar la pared.

Los gazapos se la trajeron sin pérdida de tiempo.

La liebre comenzó a hacer huequitos y sosteniendo en ellos sus pies subió palmo a palmo. Los pequeños la observaron con esperanza y temor.

Cuando ella iba a dar el quinto paso hacia arriba, cayó al fondo. Arrojó la azadilla gastada y habló a sus crías:

—Niños, así no puedo subir porque el peso del cuerpo me tira hacia atrás. Vayan a recoger maranta y hagan con él una sogá para tratar de subir con su ayuda.

Los gazapos recorrieron bosques y valles y trajeron brazadas de esta planta. Pronto torcieron una sogá y bajaron un cabo al fondo de la fosa. Cuando su madre lo cogió firmemente con ambas patas delanteras, ellos tiraron con toda su fuerza unida tal cual se hace en la lucha de la cuerda.

—¡Ea, eeea, eeea!



La liebre, pendiente de la cuerda y dando patadas a la pared, comenzó a subir poco a poco. Pero, lamentablemente volvió a caer al fondo cuando estaba alcanzado casi la mitad de la altura.

Los gazapos volvieron a tirar la cuerda cuanto pudieron, pero como todavía eran pequeñitos sólo con su fuerza resultaba imposible elevar a la madre. Esta, después de emitir un largo suspiro, dijo:

—Mis preciosos, así no se puede. Arrojen tierra al fondo. Trataré de salir de aquí rellenando con tierra el hueco.

Así hicieron. Su madre fue rellenando el hueco, pero con la cantidad de tierra que arrojaban ellos con sus pequeñas patas era imposible llenar la fosa profunda y amplia antes de anochecer.

Entretanto el sol desaparecía poco a poco por detrás de las montañas del oeste y llegaba inadvertidamente la oscuridad. Los gazapos quedaron agobiados por los esfuerzos realizados todo el día, además de que estaban hambrientos pues no habían almorzado ni cenado. Ya no podían mover ni una pata. Se acurrucaron en un lugar y lloraron desoladamente.

—Si se va la noche y llega el nuevo día, vendrán los cazadores y se llevarán presa a nuestra madre.

—¿Cómo viviremos sin mamá?

También la liebre rompió en llanto.

En ese preciso momento, sobre las altas montañas del este apareció la Luna llena iluminando el cielo. Entonces los gazapos en actitud respetuosa con las patitas delanteras juntas le rogaron:

—Generosa Luna, tenga compasión de nosotros: Salve a nuestra madre.

Para su gran asombro, la Luna descendió del cielo a una loma y se sentó sobre una rama de un verde pino. Después dejó caer a la fosa un cabo de la cuerda.

Los pequeños bailaron jubilosos y le gritaron en coro a su madre:

—Mamá, agarre bien fuerte la cuerda que hizo bajar la buena Luna.

No bien ella la cogió, la Luna la sacó fuera de la trampa en un abrir y cerrar de ojos. Ya afuera, la liebre abrazó a todas sus crías y dio varias vueltas manifestando su indecible dicha.

La Luna también sonrió contenta.

La liebre y los gazapos le rindieron profundas reverencias una y otra vez.

Según se transmite, desde entonces, al llegar el decimoquinto día de cada mes, toda la familia de la liebre subía a la Luna con

la ayuda de la cuerda que ésta bajaba. Allá arriba trabajaban en el molino de pedal cantando alegremente:

*Muele, muele el arroz,
saca harina blanca,
haremos tok para la Luna.
Muele con fuerza, muele con diligencia.*

Así nació el cuento de las liebres blancas que subían a la Luna y molían bajo un canelo.



Yon I y el muchacho-hoja de sauce llorón

En tiempos inmemoriales, en una aldea vivía una linda niña que se llamaba Yon I.

Su cara parecía una luna llena y sus ojos brillaban como dos luceros. Sus negros y sedosos cabellos, recogidos en una trenza, le llegaban hasta la cintura.

Para su desgracia, se enfermó y murió su cariñosa madre y en su lugar apareció en la casa una madrastra. Esta, una persona muy mala, consideró a Yon I como una espina en el ojo. En

presencia del padre de la niña fingía amarla, pero cuando este se ausentaba de la casa le obligaba a realizar los quehaceres más duros.

Yon I tenía que cumplir trabajos agobiantes desde las primeras horas del día hasta el anochecer. Cuando otros niños jugueteaban al terminar sus tareas, a Yon I no le quedaba tiempo para esto. Si alguna vez al concluir una labor pensaba en descansar un poquito, aparecía la madrastra y frunciendo las cejas la reprendía:

—Ya eres grande, pero no te gusta trabajar. ¿De qué servirá una holgazana como tú? Si no tienes qué hacer en la casa, deberías ir al campo para escardar. ¿Me oíste? Ve de inmediato.

Yon I se iba a limpiar parcelas bajo un sol quemante y sudando a chorros. Si al terminar de desyerbar se sentaba para descansar, aparecía, no sabía de dónde, la madrastra al borde de la parcela y le recriminaba:

—Si has terminado de escardar, ponte a segar los cáñamos. Sólo piensas en perder el tiempo ocioso.

—Madrastra, todavía es temprano para segar el cáñamo.

Yon I respondía sumisamente, pero la mujer se tornaba más rabiosa.

—Si no es tiempo para segar el cáñamo, irás a casa para coser algo.

Desde los bochornosos días estivales la niña se veía obligada a remendar ropas de invierno.

La madrastra la ponía a realizar tantos quehaceres que no tenía tiempo ni para peinarse ni arreglar sus vestidos.

Si cogía un peine, la madrastra se encolerizaba.

—Ocupas todo el tiempo en arreglar tus cabellos. Tan pequeña como eres, ya piensas en casarte.

A pesar de esas molestias, la niña se ponía cada vez más bonita.

Fue un cierto año, en un día de invierno.

La madrastra tuvo deseos de almorzar yerbas comestibles. A través de la ventana vio que todo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve caída la noche anterior.

Bajo la nieve y el frío riguroso era imposible encontrar yerbas comestibles. La perversa mujer lo sabía muy bien, pero ordenó a la pequeña ir de inmediato al monte y recogerlas.

—¿Crecerán yerbas en el invierno?

—Condenada, no quieres cumplir lo que te manda la madre. Solo hablas y hablas, sin ir al monte para buscarlas.

La madrastra estaba enojada y la miraba malignamente.

Yon I tuvo que salir llevando un cesto. Todo el monte estaba cubierto de nieve. Estuvo buscando con empeño las yerbas,

pero no encontró ni siquiera una hoja verde. Hacía mucho frío y como iba mal vestida y con los pies sin medias, sintió congelarse. Sin embargo, como era una niña de buen corazón, no pensó mal de su madrastra.

“Parece que tiene mucho deseo de comer esas yerbas, de lo contrario no me habría pedido buscarlas. Ojalá que queden siquiera algunas bajo este frío.”

Pensando así estuvo removiendo la nieve y las piedras. Enfrascada en la búsqueda no se dio cuenta de que ya el sol se inclinaba.

Viendo el cesto vacío la niña se puso a llorar de pena.

“Si voy así con las manos vacías, me pegará. ¿Qué podré hacer?”

Suspiró largamente y emprendió el camino de regreso. Aceleró los pasos para llegar a casa antes de que oscureciera. Pero se perdió. Como se había adentrado demasiado en el bosque y todo estaba cubierto de nieve era muy difícil orientarse. Encima, bajo la alargada sombra de la montaña en el valle casi se hacía oscuro.

Yon I tembló de miedo.

“Tal vez moriré congelada en esta recóndita montaña. Y nadie lo sabrá. Lo que primero necesito es encontrar dónde pueda calentarme.”

Entretanto, la oscuridad fue tornándose más densa. Yon I buscó ansiosamente un lugar que la protegiera del viento. De pronto, vio una cueva entre dos peñascos. Entró en ella sin tener tiempo de sentir miedo. Al avanzar tropezó con una roca en forma de puerta.

La muchacha la empujó y extrañamente la pesada roca se desplazó ligeramente a un lado, cediéndole el paso.

—¿Qué veo? Es algo increíble.

Para su gran sorpresa, detrás se abría un extenso y verde campo y en el medio una modesta, pero limpia choza. A su alrededor crecían muchas verduras frescas. Yon I las observó con detenimiento y vio que también abundaban las yerbas que buscaba con tanta ansia.

—¿No estoy soñando?

Se restregó los ojos y volvió a mirar.

En aquel momento salió de la casa un muchacho de aspecto agradable, quien con amabilidad le preguntó a Yon I qué la había hecho venir hasta allí.

Al oír por boca de la niña lo que padeció en busca de yerbas comestibles le llenó el cesto con estas. Y le dijo gentilmente:

—Si por algún asunto tienes que venir otra vez aquí, tú dirás ante la puerta de piedra: “Sauce llorón, Yon I está aquí. Déjame entrar”. Entonces se abrirá la puerta.

La muchacha le sonrió y con la cabeza le hizo la señal de entendimiento.

El joven le entregó tres pomos llenos de un líquido y explicó:

—Guárdalos con cuidado y lo utilizarás en casos necesarios. Es un remedio precioso que reanima a los muertos. Primero se salpica con el del pomo blanco, después con el del rojo y por último con el del azul. Entonces revivirá cualquiera independientemente de cuándo haya muerto. Guárdalo bien porque alguna vez te hará falta.

Yon I le manifestó varias veces su agradecimiento y salió por la puerta de piedra. Afuera ya estaba clareando un nuevo día.

La madrastra se mostró muy contenta al ver las yerbas comestibles recogidas de debajo de la nieve y al otro día la volvió a mandar a traerlas.

Al llegar ante la puerta de piedra hizo como le había enseñado el muchacho el día anterior.

—Sauce llorón, Yon I está aquí. Déjame entrar.

Se abrió ligeramente la puerta y apareció el muchacho conocido, quien le llenó el cesto con yerbas comestibles.

La madrastra, muy extrañada porque la niña lograba recogerlas en pleno invierno, al siguiente día repitió el pedido



de cumplir la misma tarea y sigilosamente la siguió.

Yon I que no sabía de esto procedió como antes y de la mano del muchacho recibió el cesto lleno.

“¡Ah, así era la cosa, condenada!”

La madrastra regresó a casa antes que la niña y cuando esta llegó le gritó con enojo:

—¿Por dónde estuviste andando? ¿Crees que no sé nada? Dime con franqueza, ¿qué inmorales relaciones tienes con aquel muchacho?

Le pellizcó la cara, le tiró de sus cabellos y no contenta con esto le pegó furiosamente con una rama flexible.

Fue un castigo injusto, pero Yon I no dijo nada a su padre porque pensaba que esto le haría sentirse dolido.

Uno de esos días, la madrastra se fue a escondidas adonde la puerta de piedra y repitió lo que decía Yon I:

—Sauce llorón, está aquí Yon I. Déjame entrar.

Se abrió la puerta silenciosamente y apareció el mismo muchacho, quien quedó muy sorprendido al ver que ante sí estaba una persona desconocida. Preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué está buscando aquí?

La madrastra se abalanzó sobre él y con el puñal que tenía escondido lo mató. Luego dio fuego a la choza y al cuerpo del joven y destruyó los cultivos de legumbres.

Al volver a casa ordenó a Yon I que fuera a recoger las yerbas comestibles.

La muchacha se dirigió a la montaña abrumada inexplicablemente por una inquietud.

Al llegar ante la puerta de piedra llamó al joven, pero la puerta no se abrió.

“Tal vez, ocurrió algo.”

Un presentimiento inquietante la dejó paralizada un buen rato. Al recobrase empujó con toda su fuerza la puerta y penetró en el fondo de la cueva. La choza estaba reducida a cenizas y se veían dispersos los huesos ennegrecidos del cadáver del joven.

La muchacha se echó a llorar desolada y triste. Pero, de pronto, recordó los pomos de remedio que le había dado el joven.

“Este es el momento para utilizarlos.”

Los sacó de un bolsillo interior y colocó los huesos en sus posiciones originales. Después los salpicó con el líquido del pomo blanco. Entonces los huesos se cubrieron de carne y reapareció el cuerpo entero del muchacho. Cuando la muchacha le regó con el agua del pomo rojo en el cuerpo comenzó a circular la sangre.

Y cuando, por último, le mojó con el remedio del pomo azul,

el joven abrió los ojos e incorporándose de un tirón como quien se despertara de un sueño le sonrió a Yon I y cogiéndole las manos dijo:

—Yon I, soy un asceta del país celestial. Dios me mandó a la Tierra para ayudarte. Ven conmigo. Allá viviremos juntos.

Yon I se sintió tan agradecida y dichosa que no pudo decir nada, limitándose a sonreír.

En ese instante, en el lejano horizonte apareció un arco-iris y detrás se divisó una bella aldea.

—Ya vámonos.

Yon I volvió a dirigirle una sonrisa y le siguió con pasos ligeros como si bailara.

En aquella aldea los dos jóvenes se entendieron muy bien y vivieron felices cultivando laboriosamente la tierra.



Siete titanes

Hace muchísimo tiempo, en una remota aldea montañosa hubo un anciano bondadoso y pobre. No tenía tierra y por eso vivía de lo que ganaba vendiendo leña.

Un día de verano, por la mañana, subía a una montaña llevando a las espaldas su inseparable portacargas. En el bosque reinaba el silencio, sólo se oían el correr del agua del arroyo y los bellos cantos de los pájaros.

De repente, de un lugar llegó a sus oídos el llanto de un bebé.

El viejo corrió allí y vio que sobre una roca estaba un nene que lloraba mientras chupaba afanosamente un pulgar suyo.

El anciano se quitó el saco y lo envolvió. Luego corrió a su

casa con él en sus brazos. Se olvidó hasta de recoger leña.

Desde ese día el viejo lo crió con mucho cariño como si fuera su propio nieto. Al conocer la noticia las buenas madres de la aldea le dieron el pecho al bebé.

Gracias al amor y cuidado del viejo y de los vecinos el niño crecía a ojos vistas. Según su increíble desarrollo de un día a otro, parecía un niño excepcional. Desde el mismo momento de dar sus primeros pasos hizo bastante bien diversos quehaceres para ayudar a su abuelo. Era tan fuerte que levantaba sin dificultad una piedra moledora, algo inimaginable para otros de su misma edad. Para sorpresa general, de la casa vecina traía sin mucho esfuerzo un mortero, tan pesado que las personas mayores a duras penas lo podían levantar, y pilaba la cebada.

Su abuelo y otros aldeanos decidieron llamarle Jang Soe porque estaban seguros de que cuando creciera sería un verdadero titán.

Un día, Jang Soe le rogó al abuelo que le hiciera un portacargas para ir también él a recoger leña.

Esa actitud del niño, quien pese a su corta edad quería trabajar, impresionó mucho al anciano, quien le acarició la cabeza y dijo:

—No te preocupes por las cosas de la casa. Tu tarea es crecer pronto. Entonces te haré uno.

Pero Jang Soe no se echó atrás, insistió en que le fabricara uno. El abuelo tuvo que hacerle uno pequeño.

Al siguiente día, con el portacargas a las espaldas siguió al abuelo al monte. Aunque por primera vez hacía leña, trabajó con mucha destreza. Después de apilar un montón lo amarró con tanta fuerza que rompió la soga. El abuelo le dio una cuerda gruesa que pudo resistir. Pero cuando el niño se levantó de un tirón con el portacargas repleto se rompieron los palos sostenedores. Esto alegró mucho al viejo.

“Realmente el niño posee una fuerza titánica. Tendré que pensar en cómo hacerle un portacargas apropiado.”

No bien bajaron del monte, el viejo se fue a la herrería y con la ayuda de los vecinos hizo uno de hierro.

Otro día Jang Soe se lo llevó al monte. Esa vez fue solo.

El abuelo, que se había quedado en casa para realizar otras labores, esperó a que regresara. Se ponía el sol, anochecía, pero Jang Soe no aparecía.

“¿Qué le habrá ocurrido? Tal vez se haya internado demasiado en el bosque y perdido.”

El anciano se inquietaba más y más; ya no podía esperar. Junto a algunos aldeanos se fue al valle trasero. Al internarse un poco todos vieron que en dirección a ellos se movía una hacina del tamaño de una casa. Se pararon y miraron muy sorprendidos.

Al acercarse vieron que lo que se movía era Jang Soe que caminaba a grandes zancadas, con el portacargas de hierro a la espalda con una descomunal pila de leña.

Desde entonces los aldeanos decían con mucho orgullo que en su aldea había aparecido un verdadero titán. Y siempre tropezaban con algún trabajo difícil solían pedirle ayuda. El aceptaba gustosamente cualquier tarea difícil.

Cierta vez llegó la noticia de que en el litoral sureño del país habían desembarcado invasores foráneos y molestaban a los habitantes indefensos. Según se conocía, los agresores continuaban internándose en el país para tragárselo todo.

Entonces Jang Soe, arrodillándose respetuosamente ante su abuelo, le manifestó su disposición a ir a pelear contra los enemigos extranjeros.

El viejo apreció su decisión:

—Has pensado muy bien. Uno tiene que pensar en el destino del país antes que en sí mismo.

Al día siguiente, Jang Soe, listo para ir al campo de batalla, le rindió al abuelo una profunda reverencia.

—Abuelo, que goce usted de salud.

—Gracias. No te preocupes por mí. Ve a combatir a los agresores.

El viejo lo acompañó hasta las afueras de la aldea. Lo



despidieron las bondadosas madres y abuelas, así como sus amigos de la infancia con los que jugueteaba hasta el anochecer.

Jang Soe apresuró los pasos hacia el campo de batalla para corresponder a la expectativa de su abuelo y de los vecinos.

Cuando pasaba por un recodo de una loma, oyó algunos soplidos parecidos a los del viento. Miró detenidamente en torno y vio que una gran roca se movía e iba a derrumbarse.

Corrió hacia allí para averiguar lo que ocurría. Al borde del camino dormía la siesta un hombre que llevaba una coraza. Estaba tendido boca arriba con los brazos y las piernas abiertos. Su resuello era tan fuerte que hacía moverse la gran roca que se encontraba delante.

Sin sentir miedo, Jang Soe lo sacudió y despertó y ante su vista dio un puntapié a la roca que voló produciendo un tremendo ruido y cayó en medio del riachuelo que corría al pie de la montaña.

El Soplador, muy asombrado, le suplicó que lo perdonara por su falta de cortesía por dormir la siesta al borde del camino por donde debía pasar un titán tan extraordinario.

Pero, Jang Soe, por el contrario, le pidió disculpa por haberle perturbado en la siesta y le explicó que marchaba para combatir a los invasores foráneos. Entonces, el Soplador se le unió afirmando que podría ser útil.

Cuando subieron a la cumbre vieron abajo el río de apacible corriente, pero lo extraño era que aparecía y desaparecía ante sus ojos. Se pusieron a observar con más atención. Efectivamente en pocos instantes donde estaba el ancho río solo quedaba tierra o corría de nuevo.

Con los ojos como platos por el asombro miraron en todas direcciones y descubrieron a un joven a la orilla del río. Se le acercaron y vieron cómo jugaba tragando y expulsando el agua del río.

Jang Soe intercambió saludos con el Tragador y le habló del motivo de su viaje. Este también manifestó su disposición de luchar contra los enemigos extranjeros y en el acto se les unió.

En el camino se les unieron otros cuatro titanes: uno de Nueve Orejas que distinguía cualquier ruido o sonido por muy débil que fuera; otro con un sable que con un solo movimiento, decapitaba a 100 enemigos; un tercero que podía congelar o hacer hervir el agua; y el último con un puño demoledor que de una vez derribada cualquier cosa.

Los siete se juntaron.

Mientras caminaban se aconsejaron sobre cómo combatir a los enemigos. Y como jefe del grupo eligieron a Jang Soe, el más fuerte y bondadoso.

Anochece y decidieron pernoctar en un pueblo. Entonces

fue cuando corrió hacia ellos una anciana. Estaba descalza. Con la respiración entrecortada dijo a Jang Soe que a su aldea, al otro lado de la loma, había llegado los invasores y estaban quemando las viviendas y matando a los pobladores.

Los siete titanes, muy indignados, corrieron a la cima de la loma. Era una noche sin luna, por doquier reinaba la total oscuridad.

Pero para ellos no existían dificultades. Nueve Orejas se tendió a los pies de un pino y luego de un rato de oír con atención anunció que se acercaba una nutrida caballería enemiga.

Los siete titanes esperaron amparados por la oscuridad, pero, extrañamente, aquéllos no aparecían.

Entró en acción otra vez Nueve Orejas quien pronto informó que los agresores se habían detenido al pie de la montaña, sin atreverse a escalarla, al parecer, por miedo a la oscuridad.

Por fin, al amanecer los invasores comenzaron a subir. Eran muchísimos, cubrían toda la ladera.

Jang Soe subió a una roca y ordenó en alta voz:

—Tú, Sablista, córtales la cabeza a los enemigos.

El Sablista, con su arma larga y reluciente, se adelantó hacia los atacantes y de un golpe decapitó a muchos. De todas partes surgieron quejidos lastimeros.

En ese momento ocurrió algo raro. El cabecilla de los

invasores gritó algo en su idioma y en el acto las cabezas que rodaban por el suelo volvieron a pegarse a sus cuerpos.

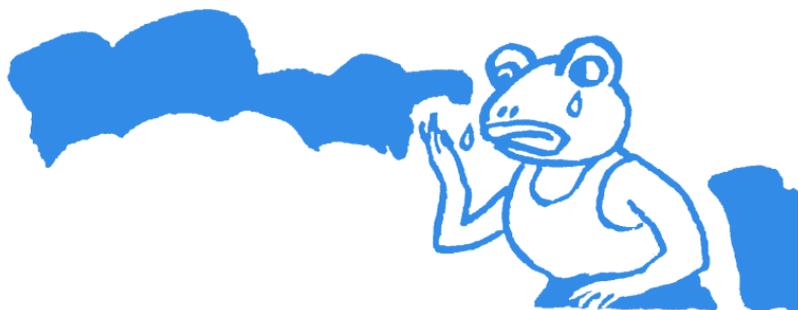
Jang Soe llamó con urgencia al Soplador quien al recibir la orden comenzó a resollar con fuerza. De pronto, los enemigos fueron suspendidos en el aire.

Sin perder un momento, Jang Soe puso en acción al Tragador. En un abrir y cerrar de ojos el lugar se convirtió en un mar. En él cayeron uno tras otro los enemigos que flotaban en el aire y cada cual se debatió para salir.

El Congelador, no bien recibiera la orden del jefe, sopló y congeló el agua.

Todos los agresores se congelaron, sólo quedaron sus cabezas sobre la superficie.

Los siete titanes vitorearon repetidas veces por la victoria, después se despidieron dirigiéndose cada cual a su pueblo natal. Se cuenta que Jang Soe, disfrutó de una vida feliz junto con el abuelo y en medio del amor de los vecinos.



Rubeta díscola

—Crac, crac... crac, crac...

Tan pronto como el cielo despejado se cubre de nubarrones y caen las primeras gotas, comienzan a alarmarse las rubetas.

¿Saben ustedes por qué estas ranas lloran tan tristemente cuando llueve?

Antaño, en una lomita cubierta de yerbas había una pequeña casa. Si se abría la puerta del frente, se veía un arroyo de agua cristalina y por la puerta trasera se podía admirar una montaña verde.

En ella vivían una rubeta y su único hijo. Desde que naciera, éste fue objeto de un amor ciego por parte de su madre. Si lloraba, ella se asustaba y lo abrazaba y le satisfacía todos los

deseos. Así fue como él se hizo poco a poco a un mimado y a medida que iba creciendo se convirtió en un alborotador, desobediente a los consejos de su madre.

—Mi amor, presta atención a lo que te digo. Hoy ve a jugar en el yerbal de abajo, cerca del arroyo. No te acerques al de arriba, es peligroso ir allí porque hay muchas fieras.

—No me digas. Estoy harto de tantos sermones.

Le molestaban los interminables consejos de la madre. Adrede se fue al yerbal de arriba.

Hacía lo contrario a lo que pedía su madre: Si ella decía que jugara en la loma, él iba al arroyo; si le pedía acercársele, se alejaba, y si le daba algún quehacer en la casa, salía y pasaba el tiempo ociosamente.

Por eso, su madre suspiraba a menudo, muy preocupada por el porvenir de su hijo.

“¿Por qué me desobedece cuando otros niños se portan sumisamente tal como les mandan sus madres? ¡Oh, así nada bueno saldrá de él!”

En tales momentos, el hijo, en vez de sentirse culpable, se manifestaba descontento:

—Digas lo que digas, yo haré lo que quiera. Me irritas con tus consejos. Siempre haré lo contrario de lo que me pidas.

Y efectivamente, lo hacía y después se reía contento.

Un día la madre lo sentó ante sí y le habló:

—Óyeme, hijo mío, todavía no sabes croar como una digna rana. Tienes que aprenderlo. Ahora trata de imitarme:

“Crac, crac... crac, crac...”

Pero, el hijo, como era desobediente, pensó en cómo podría pronunciarlo al revés.

Así fue como emitió: “Carc, carc... carc, carc...”

La madre se sintió muy dolida.

—Oye, niño, si sigues portándote así, tu mamá no vivirá mucho, morirá de pena.

No obstante, el hijo no se corrigió, ni siquiera aprestó oído a lo que decía ella.

Algún tiempo después, realmente la rubeta madre se enfermó. Durante varios días no pudo comer nada y al presentir que le llegaba el fin llamó a su cabecera al hijo y le habló por última vez:

—Tu mamá no podrá vivir más. Cuando me muera, enterra mi cuerpo no en una ladera de la loma sino en la orilla del arroyo.

Así le rogó pensando que haría lo contrario, es decir, la enterraría en la ladera del monte y no en la orilla del arroyo. Pronunciadas estas últimas palabras miró con ojos llenos de lágrimas a su hijo. Un rato después murió.

Sólo entonces el hijo se dio cuenta de la desgracia.

“¡Oh, mamá querida! ¿Qué será de mí sin ti que me envolviste con tanto amor? ¿Quién me dará de comer y quién me vestirá?”

Cuanto más pensaba tanto más crecía su tristeza. Abrazando el cuerpo inanimado de su madre rompió en llanto.

—Mamá, fui un díscolo no porque no te amaba sino por un mal hábito. Me lo quitaré si abres los ojos. Te lo imploro, abre los ojos.

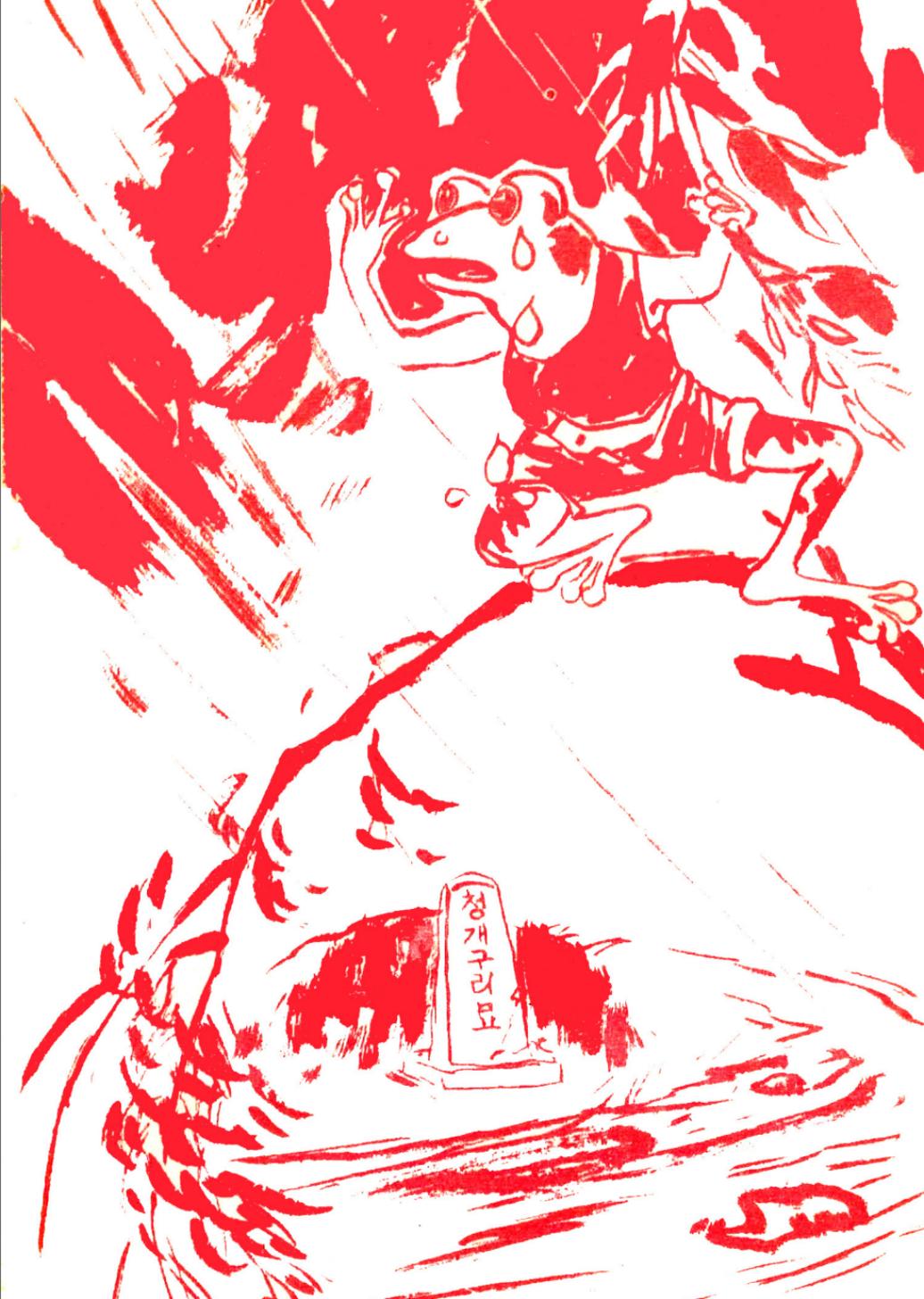
Pero los ojos de su madre, fuertemente cerrados, no volvieron a abrirse.

“¿Por qué no fui obediente? Por eso mi mamá murió de pena.”

Derramando sentidas lágrimas el hijo comprendió hondamente su culpa. “Hasta ahora cumplía al revés lo que ella me decía. Por lo menos tengo que observar fielmente sus últimas palabras.”

Enterró el cuerpo de su madre en la orilla del arroyo tal como había rogado ella. Apisonó la tierra de la tumba y la cubrió cuidadosamente con césped, e incluso trasplantó flores rojas.

Pero, cada vez que llovía, se tornaba muy inquieto. Si crecía el agua, la corriente podía arrastrar la tumba de su madre.



청개구리묘

Por eso, en la temporada de lluvias, él cantaba con tristeza:

*Lluvia, lluvia,
deja de caer,
crac, crac.
Deja de caer
sobre nuestro arroyo,
crac, crac.*

*Lluvia, lluvia,
deja de caer,
crac, crac.
Deja de caer
Sobre la tumba de mi mamá,
crac, crac.*



La hormiga y la liebre

Se cuenta que, antaño las hormigas eran muy holgazanas.

Como no les gustaba buscar por sí solas los alimentos, se metían entre las blandas lanas de las liebres y les chupaban la sangre. En los días de invierno se protegían del frío y en el verano hacía fresco porque las liebres saltaban sin pararse ni un rato.

Una liebre se puso a reflexionar:

“¿Cómo podrían librarme de estas parásitas?”

Un día, les dijo a las hormigas:

—Bajen de mi lomo. Les daré algo muy rico que ustedes nunca probaron.

Las hormigas, tentadas por esas palabras saltaron al suelo.

Entonces, la liebre puso ante su vista una ancha hoja con una cucharada de arroz y les invitó:

—Acérquense y vean qué hay aquí.

Las hormigas, contentas, se acercaron presurosamente a la liebre. En ese preciso momento esta mordió una parte de la hoja y dio dos saltos hacia atrás.

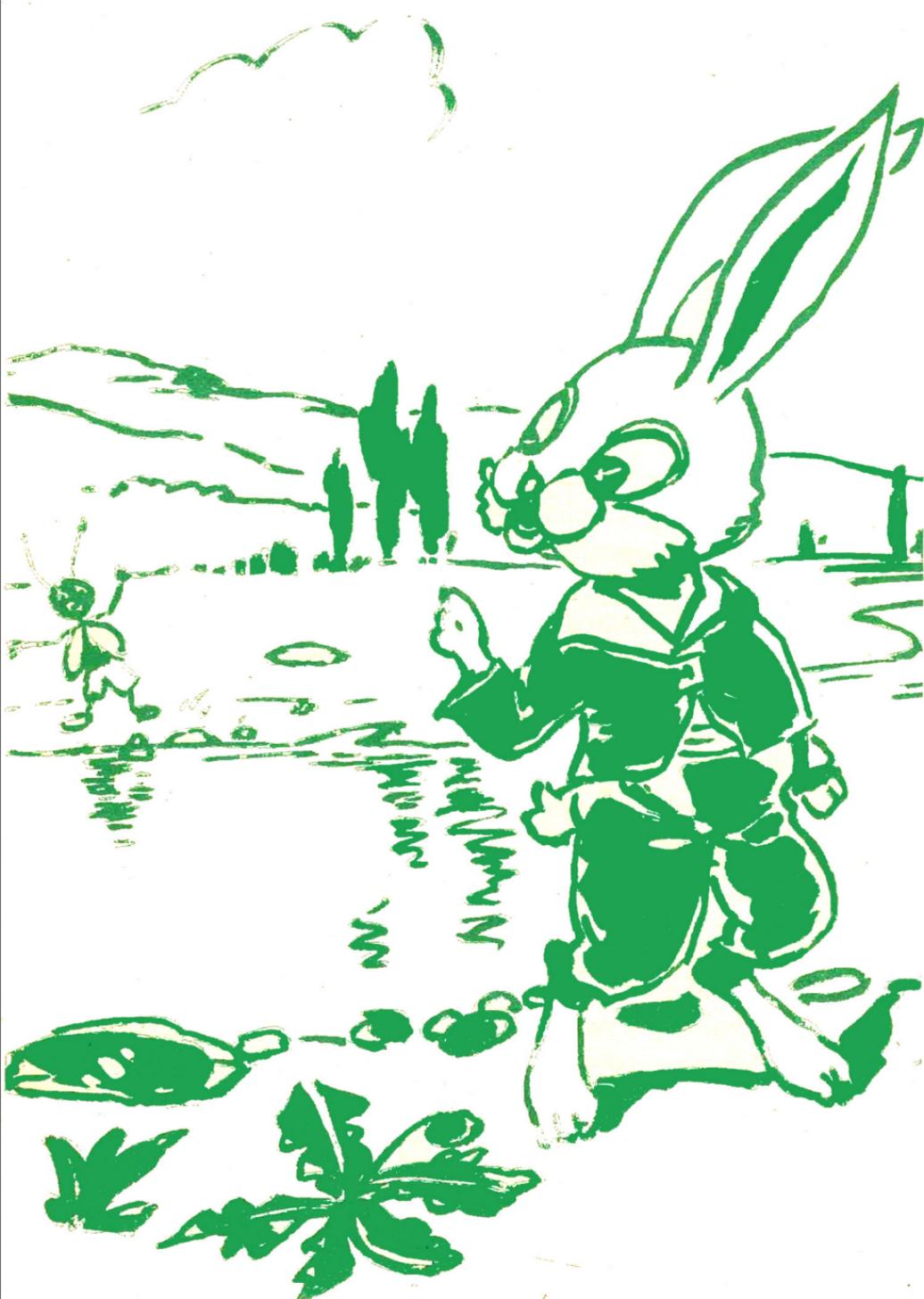
Las hormigas le gritaron irritadas: “Te burlas de nosotras, pero no nos quedaremos así.”

Efectivamente, la persiguieron tercamente, aunque les fue imposible alcanzar a la liebre que retrocedía sin parar. Se sintieron extenuadas, sobre todo tenían hambre, mas no interrumpieron ni un momento la persecución.

La liebre, al dar otro paso atrás tropezó con algo y cayó. Miró y vio que el obstáculo era una roca que estaba a la orilla de un arroyo. Entonces, con la hoja entre los dientes se volvió hacia el arroyo y de un salto pasó a la otra orilla.

Las hormigas dejaron de perseguirla porque no podían cruzar el agua, decidieron esperar a que la liebre volviera a saltar adonde estaban ellas.

Entretanto, la liebre nunca apareció más por miedo a que las



hormigas subieran a su lomo. Estas, muy cansadas y hambrientas tuvieron que apretarse los cinturones. Sin embargo, el hambre seguía siendo inaguantable y se les hundieron tanto los ojos que ya casi no veían.

—¡Ay, qué hambre tengo!

—Así moriremos. No tenemos otra alternativa que conseguir los alimentos con nuestra fuerza.

Se aconsejaron y decidieron dividirse en dos grupos. Uno tenía que bajar a una aldea para traer algo de comer y otro quedarse en el lugar en espera de que volviera la liebre.

De la aldea trajeron algunos granos de arroz, pero la liebre no apareció. Repartieron los pocos granos conseguidos y pudieron recuperarse mal que bien.

Desde entonces, las hormigas abandonaron la idea de vivir a cuesta de las liebres y comenzaron a ganar lo necesario para subsistir con su propio trabajo. Parece que lo ocurrido les sirvió de una buena lección.

Se dice que desde que se apretaron los cinturones a causa del hambre quedaron con las cinturas delgadas y con los ojos, que se les habían hundido entonces, no ven bien ni hoy día; unas finitas cuernas les sirven de bastones para orientarse.



Tortuga parlanchina

Hubo una vez dos hermanos, el mayor un codicioso y el menor de buen corazón.

Al morir el padre el mayor quedó con todos los bienes y expulsó al menor de la casa. Además, no tenía deseos de mantener a la madre, ya muy vieja, y la dejó bajo el cuidado del menor.

Este, una persona bondadosa, no le dirigió ni una palabra de reproche, abandonando la casa junto con su madre.

Levantó una pequeña choza al pie de una loma, trabajó a

brazo partido y atendió con devoción a la madre.

En una ocasión, con motivo de las fiestas de año nuevo, en la casa del hermano mayor hubo mucha algarabía: preparaban tok, asaban un puerco y se iban a la feria para conseguir frutas, sedas y zapatos adornados. Sólo se oían ruidosas risas de satisfacción.

Peró, de la casa del hermano menor, desde las primeras horas del día salían sólo suspiros. Lejos de pensar en hacer tok, no tenía ni siquiera un puñado de granos para ofrecer a la vieja madre siquiera un tazón de gacha caliente.

Pensó y se dirigió al bosque con la intención de recoger y vender leña para conseguir algo de cereales. Estaba mal vestido y no había desayunado, encima el frío era riguroso. Le fue muy difícil trabajar. Veía miles de estrellas ante sus ojos y le temblaban las piernas.

Al sentirse insosteniblemente agobiado se sentó al pie de la loma, exhaló un largo suspiro y gruñó para sí mismo:

—¿Qué puedo hacer? Es fiesta de Año Nuevo, pero no soy capaz de ofrecerle a mi vieja madre ni un plato de arroz caliente.

A sus espaldas alguien le imitó palabra por palabra.

En el acto miró hacia atrás. Fuera de una gran roca no había nadie. Meneando extrañado la cabeza murmuró:

—¡Qué raro! ¿Me he equivocado? ¿Habrá sido el viento?

Volvieron a oírse las mismas palabras. Alguien las estaba repitiendo.

Se puso de pie de un salto y volviéndose escudriñó alrededor. Por más que miraba no vio ni siquiera una sombra de hombre.

Con los ojos agrandados por el asombro gritó: “¿Quién es?”
Trató de averiguar si alguien estaba escondido.

De pronto, de debajo de la roca salió una nítida voz: “¿Quién es?”

El hombre sintió un vuelco en el corazón.

No había nadie, pero se oía la voz. No cabía duda de que hablaba el Dios de la montaña.

“Tal vez me imite el Dios de la montaña como advertencia de su enojo porque no atiendo bien a mi vieja madre.”

Al pensar así se arrodilló en el lugar y suplicó:

—Dios de la montaña, perdone usted a este infiel.

Para su sorpresa, de debajo de la roca salió una tortuga y le imitó:

—Dios de la montaña, perdone usted a este infiel.

Muy confundido el hombre se limitó a dibujar una risa. La cogió y puso sobre sus rodillas y le preguntó:

—¿Por qué me imitas?

La tortuga volvió a repetir sus palabras, sin responderle.



—¡Qué rara tortuga!

—¡Qué rara tortuga!

Si hablaba el hombre, ella pronunciaba las mismas palabras y si aquél reía, ella hacía lo mismo.

—¡Ja, ja, ja...!

—¡Ja, ja, ja...!

El hermano menor la llevó a su casa y después de mostrársela a la madre se la llevó cuando se fue a la feria para vender la leña.

—Compren leña, la mejor leña.

Cuando habló el hombre, lo hizo también la tortuga.

—Compren leña, la mejor leña.

La presencia de la rara tortuga despertó la curiosidad general; se congregó mucha gente. Cada cual la ponía a hablar y contento le daba una moneda.

El hermano menor reunió bastante dinero y además siguió trabajando laboriosamente. Así fue como comenzó a mejorar poco a poco la situación en su casa.

La noticia de la rareza de la tortuga llegó a oídos del codicioso hermano mayor. Corrió a la casa de su hermano menor y le arrebató sin más ni más la tortuga. Y con el fin de ganar dinero se la llevó a la feria.

Una vez en el mercado la alzó con una mano y gritó a los cuatro vientos:

—¡Miren esta tortuga, una rareza que sabe hablar!

Al reunirse mucha gente imitó lo que había dicho su hermano menor:

—¿Qué puedo hacer? Es fiesta de Año Nuevo, pero no soy capaz de ofrecerle a mi vieja madre ni un plato de arroz caliente.

Pero, por motivos desconocidos la tortuga no dio oídos a lo que decía él.

—¿Qué le habrá ocurrido?

Con los ojos dilatados de enojo la regañó y le exigió hablar.

Pero el animal no abrió la boca, recogiendo la cabeza y las patas bajo su carapacho, parecido a la tapa de una cazuela.

Los reunidos, riendo disgustados, se dispersaron echándole en la cara que era un loco. El codicioso hombre arrojó con fuerza la tortuga contra la tierra y la golpeó con una piedra hasta dejarla sin vida.

Su hermano menor, al enterarse de lo ocurrido, corrió a la feria, recogió los restos de la tortuga y los enterró cuidadosamente en el patio trasero de su casa. Alrededor de la tumba trasplantó hermosas flores y otras yerbas. Pasados algunos días, cerca de la tumba brotó un arbolito raro, que creció a ojos vistas, llegando a tener frondosas ramas.

El buen hombre regó la tierra de debajo del árbol con abundante abono y agua, mientras decía:

—Crece pronto, mi arbolito.

De súbito, aunque no soplaba ningún viento, se sacudieron las ramas y cayeron sonoramente las hojas convertidas en monedas de oro y de plata.

De tal forma el hermano menor vio realizarse su sueño: vivir feliz con su vieja madre en una casa techada con tejas, sin ninguna preocupación.

Su hermano codicioso, no bien supiera de esto, vino con la respiración entrecortada a la casa de su hermano menor.

No pudo dominar la envidia al verlo vivir en la abundancia y muy furioso armó un tremendo escándalo. Luego arrancó de raíz el árbol-tesoro y lo transplantó en el patio de su casa.

Sin echarle ni un puñado de abono ni una gota de agua, le sacudió sus ramas gritándole:

—Tú, árbol-tesoro, deja caer sin parar lingotes de oro y plata.

Entonces, el árbol tembló tristemente y dejó caer algo ruidosamente. El codicioso hombre, jubiloso, se puso a bailar creyendo que era oro y plata. Pero, para su gran sorpresa, lo que caía tal cual un aguacero era pura tierra y granitos de arena. Fue tanta la tierra y la arena que dejaron enterrados toda su casa y sus bienes. Esto ocurrió en un santiamén, arruinando por

completo al hermano mayor hasta la situación de un miserable mendigo.

Al salvar a duras penas a sus familiares de debajo del montón de tierra se fue con la cabeza baja a la casa de su hermano menor.

El generoso hombre no les dirigió ni una palabra de regaño, los acogió hospitalariamente. Les construyó una casa grande y cedió más de la mitad de su riqueza.



Soya y fuerza

En una choza situada a una orilla del mar, vivieron hace mucho un pescador, su esposa y su hijo Pa U.

Desgraciadamente enfermó la madre y poco después, falleció. El padre volvió a casarse con una mujer que tenía un muchacho de la misma edad que Pa U. Se llamaba Chil Song.

Si el padre se hacía a la mar, volvía algunos días después y de vez en cuando se ausentaba hasta un mes.

Cuando salía de la casa Pa U era objeto del maltrato de la madrastra, razón por la cual los días en que no estaba su padre

los pasaba tristemente. La mujer amaba locamente sólo a Chil Song, obligando a Pa U a trabajar como un criado. A su hijo le daba arroz blanco y a Pa U sólo mijo y soya. Encima, le encargaba de tantos quehaceres que en todo el día no tenía ratos para enderezarse. No obstante, cuando el padre regresaba del mar no le decía nada. Además, en su presencia la madrastra trataba por igual a ambos niños. Por eso, desconocía en absoluto la verdad.

Un día de verano, Pa U no pudo seguir trabajando por hambre y cansancio, pues no le dieron nada que comer por el medio día.

Hasta entonces se había aguantado para no provocar disgustos familiares. Pero, su paciencia estaba en el límite. Decidió hablar de todo cuando volviera el padre.

Por fin, llegó el día de su retorno. Pa U se fue a la orilla del mar para esperarlo. Por la tarde, en la hora crepuscular, en el apacible horizonte se divisó el barco en que estaba su padre. Algún tiempo después lo vio desembarcar.

En el camino de regreso Pa U contó cómo la madrastra lo maltrataba.

El padre, que escuchaba con atención, reflexionó seriamente y de modo inesperado preguntó al muchacho:

—¿Tú puedes tumbar a Chil Song en sirum (lucha tradicional coreana)?

—Sí, puedo vencerlo.

—Está bien. Esta noche mídete con él.

Después de la comida, el hombre puso una estera de paja en el patio de la casa y llamó afuera a su mujer y a los dos muchachos. Primero, los cuatro sentados sobre la estera admiraron la luna. Después el padre manifestó su deseo de ver a los dos niños medir sus fuerzas en el sirum.

En el acto Pa U se puso de pie. Pero, Chil Song no se atrevió a levantarse, tal vez no estaba seguro de vencer.

La mujer que no quería ver a su hijo en una situación humillante le azuzó para que peleara.

Por fin, los dos muchachos midieron sus fuerzas sobre la estera. Pa U, que además de ser más fuerte contaba con inteligencia, venció sin dificultad.

La mujer se sintió apenada y dijo a Chil Song con voz suplicante:

—Hijo, pelea una vez más. ¿Te dejas vencer tan fácilmente?

También la segunda vez perdió.

Moviendo la cabeza significativamente, el padre de Pa U dijo en voz baja como si se dirigiera a sí mismo:

—¡Ja, ja... no sabía cuánto le creció la fuerza a mi Pa U!
Parece alimentado con soya.

La madrastra, sobresaltándose imperceptiblemente, preguntó:

—¿La soya es un alimento que fortalece?

—Sí, así es. Por eso, los vecinos de la casa de atrás le dan a comerla al toro. ¿No has visto qué fuerte es el animal?

La madrastra puso atención a esta explicación.

A la mañana siguiente el padre de Pa U se hizo otra vez a la mar.

Desde la noche de aquel día la mujer le dio de comer a Pa U arroz blanco y a su hijo mezclado con soya.

Chil Song se quejó porque no le gustaba, pero su madre le exigía severamente que la comiera.

El padre regresó 15 días después. Pa U fue a recibirlo al muelle y le contó animadamente que no sabía los motivos, pero la madrastra le daba un mejor trato.

—Entonces todo está bien. Hoy por la noche, en el sirum tú te dejarás vencer.

Efectivamente, aquella noche los cuatro de la casa se reunieron en el patio, sobre la estera. El padre pidió que los dos niños compitieran. Esta vez Chil Song se levantó confiado.

Tal como acordaron el padre y Pa U, éste se dejó vencer adrede.

Chil Song no cabía en sí de júbilo. También la boca de su madre se abrió de oreja a oreja.

—Realmente la soya es un alimento fortificante. Durante



estos 15 días le di a comer a Chil Song arroz con soya y ahora resulta más fuerte que Pa U.

Entonces el padre de Pa U, con una expresión seria, le explicó:

—Escúchame, todo fue un cuento inventado por mí. Si uno ama a su hijo, tiene que manifestar el mismo sentimiento para los hijos de otros. Las dos competencias de sirum las inventé porque sospechaba que tú no tratabas por igual a ambos niños. ¿No son los dos pobres muchachos? Vamos a criarlos sin ninguna diferencia.

La madrastra no encontró palabras de justificación, se limitó a bajar la cabeza.

A partir de entonces amó a Pa U tanto como a su propio hijo.



Así se recogieron las peras silvestres

Al pie de un monte había un alto peral. En sus ramas estaban colgadas muchas frutas maduras, amarillitas, solo de mirar la boca se hacía agua.

Un día pasaron por allí un jabalí, un corzo, un antílope y una liebre.

—¡Son mías! —gritó el jabalí al ver las peras. Corrió hacia el árbol y dio un salto para coger algunas frutas.

—Déjame probarlas yo también —dijo el corzo mientras

lanzaba su cuerpo hacia arriba.

—Yo también quiero comerlas.

Fue el antílope quien habló entonces y de un brinco trató de alcanzar una rama.

—Yo también...

Se unió la liebre dando saltitos a su vez.

Cada cual intentó coger frutas a su manera, pero todos fracasaron porque el peral era muy alto.

Se sentaron bajo el árbol y pensaron en cómo recogerlas. El jabalí reflexionaba con los brazos cruzados, el corzo meneando la cabeza, el antílope abriendo y cerrando con frecuencia los ojos y la liebre moviendo sus dos orejas.

El jabalí, por más que estuvo cavilando, no encontró ninguna buena idea. Exhaló un largo suspiro.

De pronto, la liebre golpeó con la mano una rodilla y se puso de pie.

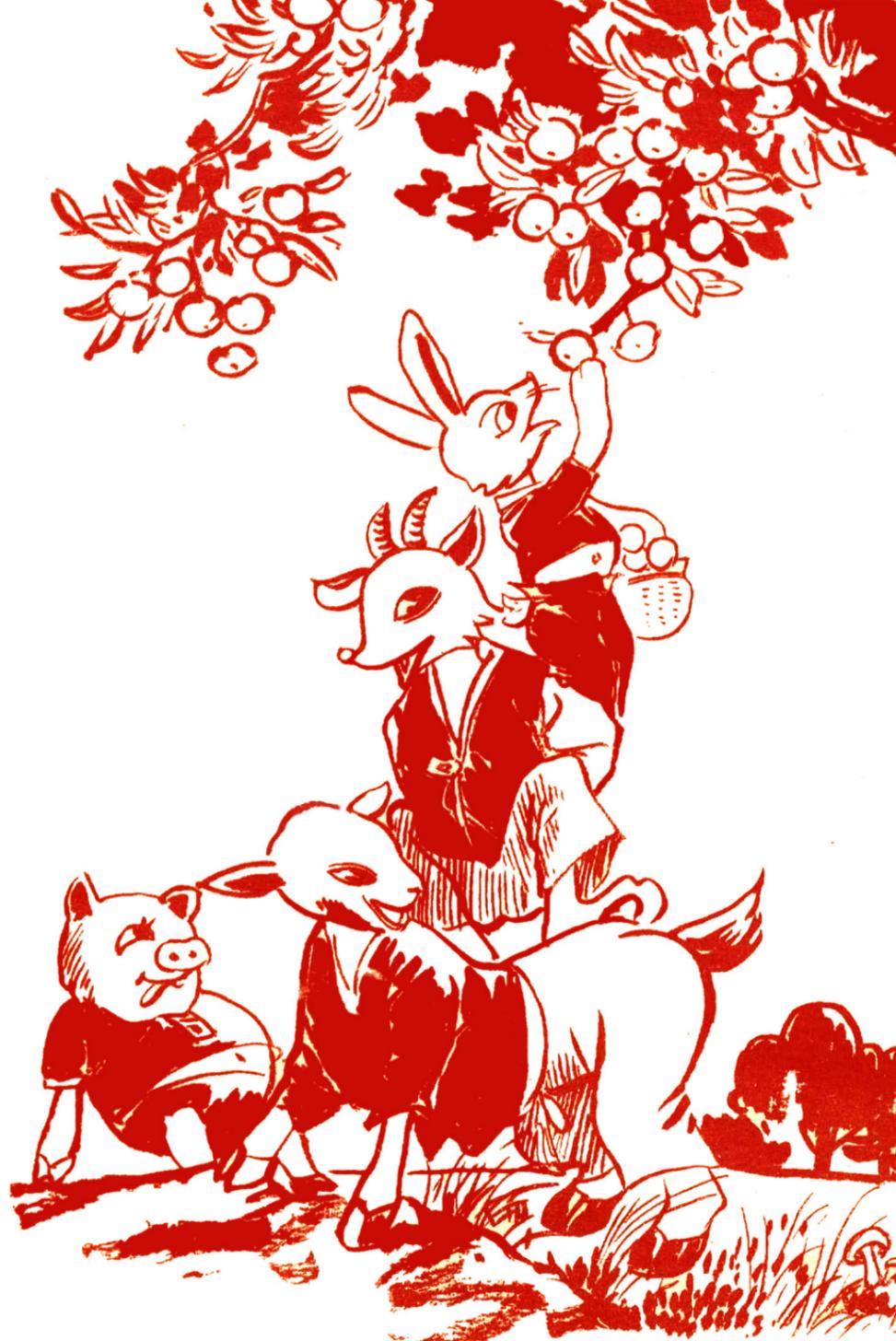
—Chicos, encontré la solución. En vez de actuar por separado, tendríamos que unir las fuerzas. ¿Qué dicen?

—Tienes razón, estoy de acuerdo.

El corzo fue el primero en apoyarlo.

—Muy buena idea has concebido. Con las fuerzas mancomunadas podremos recoger las frutas sin problemas.

Así dijo también el antílope.



Pero el codicioso jabalí rechazó la propuesta con una actitud burlona:

—Yo estoy contra. Quiero actuar solo para comer muchas frutas.

Y levantándose volvió a saltar. Pero no pudo coger ninguna pera. En cambio, muchas veces dio con sus nalgas en la tierra.

Entretanto, el corzo, el antílope y la liebre se juntaron para aconsejarse e idearon un plan.

Primero se ubicó el corzo que era más fuerte, después a sus espaldas subió el antílope y sobre éste saltó ligeramente la liebre.

Las ramas del peral, que parecían inalcanzables, quedaron al alcance de las manos de la liebre, quien recogió las frutas escogiendo las bien maduras mientras canturreaba gozosamente.

El corzo, el antílope y la liebre se reunieron en un lugar y comieron con mucho gusto.

El jabalí, que no logró recoger ni una pera, se limitó a mirarlos con la boca llena de saliva.

La liebre, que estuvo observándolo un buen rato, le dio una e igual hicieron el corzo y el antílope.

El jabalí recibió el ofrecimiento con la cara encendida y la mirada baja por la vergüenza.



Entrañables vecinos

En un tiempo remoto, en una aldea dos familias vecinas se llevaban muy bien. Sus casas se separaban por una cerca de estacas.

En una residía una muchacha llamada Yamjon y en su patio había un gran peral, lo que sirvió de motivo para que los aldeanos la denominaran la casa del peral.

En la otra había un muchacho nombrado Chil Song. La gente le decía la casa del toro amarillo.

Desde la generación de sus bisabuelos las dos familias vivían en plena armonía, ayudándose mutuamente, sin llegar a levantar las voces ni una sola vez.

Cuando en un mismo hogar era imposible que a lo largo de los años no ocurrieran reyertas, era casi increíble que dos familias ajenas vivieran en perfecta armonía. Hay muchísimos hechos que lo testimonian, pero aquí vamos a hablar solo de dos episodios.

Un día otoñal, cuando soplaba un viento refrescante, Chil Song jugó todo el día con sus amiguitos cogiendo saltamontes. Regresó a casa solo al anochecer.

Al abrir la puerta de mimbre vio dos peras al pie de la cerca. Pronto las cogió, una en cada mano. Maduras, de color amarillo, parecían apetitosas. Su aspecto y aroma lo tentaron a probarlas. Y como estaba hambriento, sin pensar mucho se puso a comer una, masticando con energía.

En ese mismo momento, detrás del toro, apareció su padre que había estado segando arroz.

Se fue a sentar sobre el poyo y al ver a su hijo comiendo una pera le preguntó:

—Dime, Chil Song, ¿quién te dio las peras?

—Las encontré en nuestro patio.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo es que las encontraste en el patio?

—Es la verdad, papá. Estaban al pie de la cerca.

El padre miró el lugar señalado por el hijo. Precisamente, por



encima de la cerca se extendía una rama del peral del vecino. No había duda de que de ella se habían desprendido las dos frutas.

En el acto se puso muy enojado y descargando fuertes nalgadas al niño le reprendió severamente:

—¿Cuándo entrarás en razón? Dime, ¿no sabías que estas frutas cayeron del peral de la casa vecina? No es correcto echar mano a cosas ajenas, aunque las encuentres en nuestro patio. Ahora mismo irás y pedirás al padre de Yamjon que te perdone.

Chil Song lloró porque le dolían mucho las nalgas golpeadas.

El padre volvió a recriminarle:

—Eres varón, deja de llorar. Ve de inmediato.

Con la cabeza baja, Chil Song salió.

Entretanto, el padre de Yamjon, que había presenciado por encima de la cerca lo ocurrido en la casa vecina, buscó el hacha y comenzó a cortar el peral.

Al verlo, el padre de Chil Song corrió a su vecino y le preguntó:

—Oye, mi buen vecino, ¿por qué cortas de repente el precioso peral?

—Por muy precioso que sea, no puede serlo tanto como el único hijo de mi vecino. Me da mucha pena. Por culpa de este peral Chil Song fue castigado. Todo se resolverá si desaparece.

—La culpa la tengo yo. Mi buen amigo, no lo cortes. Te lo suplico.

—Sabía que todo acabaría bien.

Dicho esto el padre de Yamjon subió al árbol y recogió las frutas, sin dejar ninguna. Estaban bien maduras. Las dividió en dos partes iguales y una la pasó al otro lado de la cerca.

Chil Song, como era un niño, no llegó a comprender por qué su padre se había disculpado ante el de Yamjon. Por supuesto, con el tiempo, hecho todo un hombre, lo habrá entendido.

Pero, aquel día una cosa se le grabó bien en la mente: no coger cosas ajenas, por muy valiosas que sean y aunque caigan por sí solas.

Como a ambas familias los ligaban tales lazos, era natural que se llevaran con tan perfecta armonía.

Ahora vamos a hablar del otro episodio.

En el verano del año siguiente, el padre de Yamjon estuvo todo un día en el arrozal para escardar. Al anochecer emprendió el camino de regreso; al llegar al borde de la parcela que había delante de la casa se paró. Entre las matas de soya vio a su hija agazapada, inexplicablemente estaba llorando.

—Yamjon, ¿por qué lloras? ¿Qué te ocurrió?

—... ..

La hija siguió sollozando, sin decir nada.

—Dime, hija. ¿Te reprendió tu madre?

—Sí, porque no cumplí lo que me dijo mamá...

—Si te portaste mal, tienes que ser regañada. Deja de llorar. Vamos a entrar en la casa.

Una vez dentro el padre se interesó por lo de la niña. Supo que Yamjon jugueteó afuera, dejando sola la casa. Entretanto ocurrió que el toro de los vecinos pasó por delante de la parcela y arrancó unas matas de soya y se las comió.

La pérdida de algunas plantas no constituía gran cosa, lo más grave era que la niña no había obedecido a la exigencia de la madre. Esto irritó mucho al padre quien decidió amonestarla duramente.

—Niña, ven y siéntate aquí. ¿Desde cuándo dejas entrar por un oído y salir por el otro lo que dice tu madre? Si vuelves a cometer tal acto, te expulsaré de la casa.

Yamjon se enjugó los ojos con las puntas de la blusa.

—¿Sigues llorando? Acaba de inmediato. Que no te oigan los vecinos.

Por la noche, el hombre exigió que nadie mencionara el hecho de que el toro de los vecinos se había comido las plantas de soya.

Pero, resultaba imposible que el padre de Chil Song no supiera lo ocurrido en la casa de su amigo.

Al día siguiente, al clarear, descargó implacables latigazos sobre el lomo del toro y luego lo arrastró fuera del patio.

Presurosamente se le acercó el padre de Yamjon y bloqueándole el camino preguntó:

—Mi buen vecino, ¿has perdido la razón? ¿Por qué pegas al precioso toro?

—Verás. Aunque se trata de un animal que no puede hablar, no estuvo correcto que se metiera en la parcela de los vecinos. Me da mucha pena que por culpa de este toro Yamjon fuera recriminada. Decidí venderlo a un carnicero.

—Estás equivocado, hombre. Es más grave el acto de Yamjom que no cumplió lo que le mandó su madre que la culpa del toro. ¿No te parece? Perdónalo. Aunque es un animal que no puede hablar, habrá comprendido tus nobles sentimientos y nunca más cometerá tal acto.

El padre de Yamjon tuvo que insistir y persuadir varias veces para aplacar el enojo de su buen vecino.

Se dice que a partir de entonces las dos familias vivieron en mayor amistad.

Según las noticias posteriores, los dos niños crecieron como dignos jóvenes y se casaron.

No sabemos si este cuento es real, pero, de todas maneras, estamos seguros de que los dos jóvenes vivieron en plena armonía, siguiendo el ejemplo de sus padres, tal cual dice un refrán: El agua de abajo es clara si lo es la de arriba.



Mapache perezoso

En una loma habitaba un mapache perezoso. Pasaba los días totalmente ocioso, sin mover ni un dedo.

Inadvertidamente pasaron la agradable primavera y el bochornoso verano y llegó el otoño tardío con sus vientos fríos y penetrantes. Todos estuvieron muy atareados en los preparativos para la temporada invernal. Pero el mapache no tuvo ningún deseo de excavar una madriguera. Prefería morir a hacerla.

A duras penas trató de remover la tierra que todavía no estaba congelada. Pero, pronto dejó de trabajar gruñendo:

—¡Ah, maldita sea esa madriguera! No hay que apresurarse. La nieve no caerá de inmediato, y en los lugares soleados aún se siente el calor. Además, en los arrozales siguen amontonándose las gavillas y si me meto entre ellas podría dormir sin tener frío, así que no tengo motivos para preocuparme.

Se acercaba más y más el inclemente invierno, y el mapache seguía en siestas y diversiones.

Por fin, del cielo cayó copiosamente la nieve y comenzó a ulular la ventisca.

El mapache, que no tenía guarida, se vio expuesto a las furiosas embestidas del viento.

Su situación iba de mal en peor. Aparecían los cazadores que peinaban las montañas en busca de las presas. El mapache no tenía dónde refugiarse, puesto que había holgazaneado durante toda la primavera y el verano. Anduvo mucho en busca de un refugio y así llegó a la guarida del tejón.

Se paró tembloroso ante la entrada de la cueva y habló con voz suplicante:

—Señor tejón, mi buen señor. No tengo dónde alojarme, estuve errando bajo las ventiscas hasta llegar aquí. Tenga compasión de mí.

Pasó un buen rato hasta que el tejón se asomara a la puerta.

Como no le gustaba salir bajo el frío invernal pensó en poner al mapache a su servicio.

Pero, como era astuto, no exteriorizó su intención.

—Como ves, mi casa es muy estrecha. No cabe nadie más.

Fingió rechazarlo, tratando de leer en el rostro del mapache el efecto de sus palabras.

—¡Oh, se lo imploro, señor tejón! Protéjame de las inclementes ventiscas. Déjeme vivir en cualquier rincón de su casa hasta que pase el invierno.

El mapache lo dijo en una actitud humillante, con profundas reverencias.

Entonces el tejón le propuso:

—Es realmente lamentable tu situación. Te aceptaré bajo una condición. Cuando yo trabajaba a brazo partido, sudando a chorros, para construir mi guarida y conseguir las provisiones, tú andabas ocioso, sin mover un dedo, así que no podré mantenerte gratuitamente. ¿Tengo razón? Por lo menos deberás recompensarme el sudor derramado. ¿Qué dices, son justas o no mis palabras?

—Sí, son totalmente justas.

—¿Cumplirás algunos quehaceres? Yo me siento hartito agobiado.

—Haré lo que me mande.



El mapache le hizo una reverencia tan profunda que por poco su nariz tocaba el suelo.

Así fue como desde aquel mismo día se quedó a vivir en el refugio del tejón, pero tuvo que cumplir una serie de tareas de lo más humillantes. Una era recoger sobre su lomo el maloliente excremento del tejón.

Desde entonces la gente cogió el hábito de llamar “mapacheapestoso” a quienes viven de limosna por no haber trabajado y conseguido con sus manos lo necesario para subsistir.



El viejo cazador y el ciervo dorado

Antaño, al pie de una loma existió una choza desvencijada. En ella vivían un viejo cazador y su mujer.

El hombre era bondadoso, pero taciturno, no pronunciaba ni una palabra en todo el día. En contraste, su esposa, conocida por ser despabilada, no se callaba ni un instante. A medida que iba envejeciendo se tornaba más habladora, e incluso llegó a mandar a su marido a hacer tal o cual cosa.

No obstante, nunca tuvieron un altercado. Cada vez que la vieja

le retaba él ora se hacía el sordomudo, ora se alejaba del lugar.

Un día, antes de despejarse la oscuridad, el viejo cazador subió al monte detrás de la casa para ver si había caído algún jabalí en la trampa que había preparado.

Iba por un sendero del bosque envuelto en la oscuridad cuando de repente se detuvo porque sus ojos se enceguecieron ante unos radiantes rayos de luz.

—¿¡De dónde vendrá esta luz!?

De la trampa salían unos rayos más deslumbrantes que la misma aurora matinal. Muy extrañado corrió y vio un ciervo dorado en el fondo del hueco a una profundidad mayor que la altura de tres hombres.

El ciervo dorado, luego de una profunda reverencia con las patas delanteras juntas, le suplicó derramando lágrimas:

—Abuelo cazador, sálveme. No soy ciervo, sino un hada que vivía en el cielo. Bajé aquí al oír que es hermoso este país de mañanas soleadas, pero no pude subir a la hora prevista. Como castigo, el rey celestial me convirtió en ciervo. Quedan tres meses para liberarme del castigo, pero caí en esta desgracia. Abuelito, le suplico que me salve. Recompensaré la benevolencia.

Al escuchar la explicación del ciervo, el viejo cazador sintió pena y no tuvo el valor de arrastrarlo a su casa. Lo sacó de la trampa y dijo:

—¡Eh, en vez de un jabalí cayó un precioso animalito como

tú! Sin pensar en la recompensa, vete adonde quieras. Ándate con cuidado para no caer en otra trampa.

—Estaré muy atento. Muchas gracias, abuelo.

Le saludó bajando cortésmente la cabeza y se internó en el bosque. Pero, pronto reapareció y habló:

—Abuelito, si tiene necesidad de mi ayuda, acérquese a aquel viejo roble y llame tres veces: “Ciervo dorado”. Entonces me verá aparecer.

—Bueno, así lo haré. Vete con cuidado.

El animalito entró en el bosque y pronto desapareció, sin dejar rastros.

Por la noche, el viejo cazador estuvo vacilando un buen rato si debía hablar o no a su mujer del ciervo dorado, pero lo ocurrido era tan raro que se lo contó. Ocurrió lo que temía. La vieja se le acercó más y comenzó a sermonearle:

—Qué tontería has cometido. ¡Soltar sencillamente a un ciervo dorado tan raro! Siempre has sido como un niño.

—No debí decirte nada.

—Oye, viejo. Mañana mismo irás en busca del ciervo.

—No, no tengo ningún motivo.

—Qué duro de cabeza eres. ¿Dices que no? Vete y pídele que nos haga una gran casa con techo de tejas. ¿Harás o no lo que te digo?



Sin poder resistir ante la insistencia de la mujer, el viejo dijo que sí, que iría.

Al otro día se fue adonde el roble señalado y llamó en alta voz:

—Ciervo dorado, ciervo dorado, ciervo dorado.

De inmediato, del bosque le llegó un ruido y apareció el animalito.

—Abuelito, ¿por qué me llamó?

—No sé qué tengo que hacer. Mi vieja quiere una gran casa con tejas. Me vi obligado a pedirte ayuda.

—Está bien, abuelo. De todas maneras estaba pensando ayudarle. Vaya a su casa sin preocupación.

Dicho esto saltó hacia el bosque y desapareció.

El viejo cazador permaneció en el lugar un buen rato, moviendo la cabeza extrañado.

Cuando volvió a la casa no la reconoció. ¿¡Qué habrá ocurrido!?! No se veía ni la sombra de su anterior choza, en su lugar se erguía un imponente edificio.

—¿¡Qué veo, no estoy soñando!?

Indeciblemente asombrado frotó sus ojos y volvió a abrirlos, pero lo que veía era una realidad.

Por fin, abrió el portal principal y penetró en el patio, donde estaban las puertas intermedias detrás de las cuales aparecieron

otras interiores. Al traspasarlas vio a su mujer sentada sobre un alto poyo entarimado.

La vieja, con la boca abierta de oreja a oreja, cogió la mano de su marido y le mostró toda la casa. Solo para recorrer el bloque del fondo, constituido por numerosos cuartos y dependencias se necesitaron todas las horas de la mañana. Y en el bloque frontal había, además de cuartos espaciosos y menores, sala de estar y establos. Existían también varias despensas.

Por primera vez, el viejo cazador disfrutó de una vida amena en una casa tan imponente gracias al ciervo dorado.

Pero no pasó ni un mes que la vieja volvió a molestarle.

—Viejo, oye lo que te digo. ¿Qué haremos solo con esta casa grande, sin muebles y otros utensilios? Vete una vez más al ciervo dorado y ruégale que nos haga otro beneficio. Que nos envíe estas cosas.

—No, vieja. Le quedamos agradecidos por esta buena vivienda. ¿Con qué cara quieres que le pida otros favores?

—No seas un tonto, viejo. Irás mañana mismo. No perderás nada. Dime, ¿irás o no?

El cazador, vencido por la insistencia de su mujer, se fue a ver al ciervo dorado.

El animalito luego de escuchar con atención lo que dijera el cazador, le expresó:

—Si es su deseo, voy a satisfacerlo. Vaya a su casa y verá.

Al llegar fue acogido jubilosamente por su mujer que por estar muy contenta olvidó incluso calzarse.

—Entra pronto y mira. Nos cayó del cielo toda una fortuna. Por fin, podremos vivir en abundancia, en una regia mansión llena de riquezas.

Siguiendo a la vieja que no se cansaba de hablar, el cazador recorrió toda la casa.

En el dormitorio del bloque principal vio unos vistosos armarios con incrustaciones y de una pared colgaba hasta un gran espejo.

El dormitorio del bloque exterior también estaba lujosamente amueblado. Delante de una pared había un biombo con diversos dibujos y pegado a otra pared estaba ubicado un estante lleno de libros. El suelo se cubría con una blanda alfombra.

El matrimonio disfrutó de una vida holgada en una casa de cien cuartos ricamente amueblados, comiendo bien y cubriéndose con cobertores de seda.

El cazador creyó que su vieja no volvería a desear otras cosas.

Se equivocó. No pasaron ni dos meses y la mujer se quejó de nuevo. Decía que como era vieja le resultaban penosos los quehaceres de cocina por la mañana y la noche. Era algo increíble.

Otra vez molestó a su marido con lloriqueos:

—Oye, viejo, me abruma atender sola toda esta casa grande. Mañana por la mañana volverás a ver al ciervo dorado para pedirle que nos envíe varios criados.

—¿Cómo puedes hablar tonterías? Me es absolutamente imposible hacerlo. Si quieres, ve tú.

El cazador le refutó terminantemente. La mujer se puso rabiosa.

—¡Ah, tú verás! Desde mañana por la mañana tú vas a cocinar.

Pero, al ver que el hombre no se dejaba vencer, la vieja lo empujó hasta expulsarlo de la casa.

Después de enterarse de esto por boca del viejo cazador el ciervo dorado le explicó:

—Abuelito, yo hice todo lo que pude por usted. Vaya a su casa y dígale a su esposa refranes sobre la codicia.

Dicho esto, se convirtió en un hada con un vestido alado y alzó vuelo hacia el firmamento.

Después de ver al ciervo dorado por última vez, el cazador tomó el camino de regreso. En el lugar donde estaba su gran casa encontró la desvencijada casucha en que vivían antes.

Su mujer, sentada sobre el poyo, estaba llorando. Se le acercó y también profundamente arrepentido, le contó el siguiente refrán:

—Oye, mi vieja, la codicia le cava a uno la tumba.



El castigo de un muchacho ligero

Hace muchísimo tiempo en una aldea vivía un joven que por su conducta descuidada se ganó el apodo de atolondrado.

Un día, se encaminó hacia la aldea vecina, al otro lado de la loma, para conseguir un toro prestado.

Tal cual señalaba su apodo, también en el camino cometió actos insensatos.

Cuando llegó a lo alto de la loma vio a un viejo y a un joven sentados bajo la sombra de un árbol. Entre ambos estaba colocado un cesto lleno de merienda. Parecía que habían hecho un alto para comer algo. Pero, lo extraño fue que los dos se limitaban a mirarse uno al otro cogiendo con las manos el cesto, sin que nadie comiera.

Él, sin averiguar lo que pasaba, se dirigió al viejo:

—Su gesto tan poco educado no corresponde a una persona de edad avanzada. ¿Cómo puede portarse así ante un joven? Si hay algo sabroso, no debería tratar de comerlo primero. Tiene que conducirse decentemente, si quiere ser respetado por sus muchos años.

El viejo, disgustado sobremanera, se limitó a tragar saliva y cambiar de posición dándole la espalda.

Entonces, él se puso a reprender al joven:

—¿Dónde se habrá visto un mal educado como tú? Tú también tendrás padre, ¿dónde has aprendido esta mala conducta de pensar solo en ti cuando hay buena comida?

Dicho esto, creyó que el joven se disculparía pues consideraba justas las palabras que acababa de pronunciar. Pero, ocurrió lo contrario. El joven se puso de pie de un salto y dando un paso hacia el intruso le propinó una bofetada.

—¿De dónde cayó este idiota? ¿Qué tonterías dices de mi padre?

No te atrevas a volver a abrir el pico. Sigue de inmediato tu camino.

Sólo entonces, él supo que eran padre e hijo y estaban cediéndose uno al otro lo mejor de la merienda.

Abofeteado merecidamente por haber armado un alboroto sin averiguar previamente lo que estaba ocurriendo, no tuvo otro remedio que alejarse de aquel lugar, palpándose la cara golpeada.

—¡Eh, me equivoqué otra vez al actuar ligeramente!

Al llegar a la aldea vecina se paró ante dos toros que estaban pastando uno al lado del otro. Ambos animales parecían fuertes, uno de color amarillo y el otro, negro.

—Tengo una idea. Llevaré uno de estos. Pero, ¿cuál trabajará mejor?

Miró alrededor para ver si no estaban por allí los dueños del ganado. En ese preciso momento salió de la aldea en dirección al campo, el hombre más viejo del poblado.

Él le saludó y preguntó:

—Abuelo, quisiera saber algo ¿Conoce usted a estos toros?

—Sí, los conozco bien. Este amarillo es de mi vecino O. Su casa está delante de la mía. Y este negro pertenece a uno apellidado Pak, cuya casa se encuentra detrás de la mía.

El viejo habló mientras palmeaba con una expresión cariñosa el lomo del toro amarillo o acariciaba el cuello del negro. Y le preguntó:



—¿Por qué lo preguntas, joven?

—Es que quiero saber cuál de los dos trabaja mejor. Porque necesito pedirlo prestado.

De pronto, el rostro del viejo cambió de color, y al cabo de meditar un buen rato tocó con la mano un hombro del joven, sin abrir la boca, y le hizo con los ojos una señal para que lo siguiera.

El un poco aturdido, salió en pos del viejo. Este, mientras caminaba miraba de reojo los dos toros.

—Abuelo, ¿a dónde me lleva?

—No hables y sígueme.

Al llegar a una ladera, bastante alejada de donde estaban los animales, el viejo se acurrucó en un lugar solitario. Y acercando la boca a la oreja del joven le cuchicheó:

—Óyeme, el toro amarillo trabaja mejor. El negro es fuerte, pero de carácter indomable. Así que pide prestado el amarillo, dócil y fuerte.

El se incorporó de un brinco y casi gritó:

—¿Qué ocurre, abuelo? ¿Para decir esto me hizo venir hasta aquí?

Entonces, el viejo miró temerosamente hacia donde estaban los toros como si hubiera pasado algo grave, y le dijo con voz baja:

—Silencio, joven. Nos pueden oír los toros. Veo que eres demasiado imprudente.

—¿Cómo? ¿No soy serio?

—No. El hombre tiene que tratar cada asunto con seriedad. Aunque sea de unos animales que no pueden hablar, no les gustará oír decir en su cara que no trabajan bien. ¿No lo crees? Si yo digo delante de ellos lo que acabo de hablarte, ¿qué ocurriría? El toro amarillo se sentiría contento, pero el negro se pondría furioso y trataría de cornearme.

Apenas entonces, él comprendió y grabó en lo hondo del alma el sentido de las palabras del viejo, aprobándolas varias veces con la cabeza.

Decidió pedir prestado el toro del vecino O, tal cual le había señalado el viejo.

—¡Arré, arré ...!

Caminando tras el toro amarillo llegó a lo alto de la loma y recordó cómo había sido abofeteado.

Como si sintiera arder el rostro golpeado lo palpó mientras pensaba:

“Tuve suerte que todo se redujo a una bofetada. Por poco, me equivoco por segunda vez y el toro negro me cornea. Tendré que tener en mente las palabras del viejo.”

Se dice que después el habla y la conducta del joven cambiaron irreconociblemente. No sabemos cómo, pero nunca más le dijeron atolondrado.



Tres hermanos

(1)

Hace mucho tiempo, en una aldea vivía un labriego pobre con tres hijos varones. Se llamaban Chotsae, Tultsae y Setsae.

Cierto año, una inundación arrasó con su casa y sus sembrados, y tuvo que vagar de un lado a otro en busca de sustento. Por fin, fue aceptado como sirviente de un noble conocido por su perversidad.

Sus familiares no podían descansar ni un solo día, atenazados por el trabajo duro y agobiador.

Una vez, el primogénito Chotsae, salió temprano para que el caballo del noble pastara y regresó al anochecer.

Cuando apareció, el noble le dio fuertes latigazos, por haber tardado en traérselo.

Por la noche, Chotsae apenado no podía conciliar el sueño y, decidido dijo:

—Padres, mañana me voy de la casa. Cueste lo que cueste obtendré un don y regresaré al cabo de tres años y tres meses, así que no se inquieten.

Al día siguiente, por la madrugada, la abandonó y caminó y caminó sin rumbo. Atravesó tres montes escarpados y cuando entró en un valle profundo escuchó el leve sonido de una sierra. Se acercó y vio que al pie de la montaña había una choza. Llegó hasta la tranquera y miró hacia el patio donde un anciano hacía una mesa para comer.

Tras saludar le contó con detalles por qué había abandonado su casa. Luego le preguntó si podría enseñarle una habilidad.

El anciano, mesándose la barba cana que le llegaba hasta el pecho, contestó que no poseía otra que hacer mesas y preguntó si quería aprender aunque fuera eso.

De inmediato, el joven contestó que sí.

Mientras, en la casa del noble, la tarea de atender al caballo se le dio a Tuftsae, el segundo hijo del labriego.

Este se levantaba más temprano que lo que lo hacía su hermano y salía al campo tirando del animal. Le ofrecía las más delicadas yerbas y lo bañaba con mucha frecuencia.

Cierto día, por prestarle demasiada atención al caballo no se percató que el sol caía y de pronto, se alarmó sobremanera.

—¡Ay de mí! ¿Qué error cometí? ¿No me pegará como hizo con mi hermano?

Tras un rato de meditación, montó en el caballo y regresó con prisa.

Al verlo, el dueño le reprendió diciendo que un plebeyo andaba en el caballo, y le pegó sin piedad.

Por la noche, muy afligido, el joven acostado daba vueltas y más vueltas, y dijo a sus padres:

—Padre, madre, mañana, yo también me voy y no se preocupen por mí. Al cabo de tres años y tres meses, regresaré con un don.

Al otro día, al amanecer, abandonó el hogar y caminó despacio por un ancho camino, sin saber a dónde iba. Cruzó tres montes abruptos y tres ríos caudalosos, y se internó en un campo. De pronto oyó el rebuznar de un asno. Se acercó y descubrió una limpia choza en medio del campo. Llegó hasta la tranquera y miró hacia el patio. Un anciano

limpiaba con agua el lomo del animal.

Después de saludarle le contó el porqué abandonó su casa. Y le pidió que le enseñara una habilidad.

El anciano, sentado sobre el poyo, contestó que no sabía otra cosa que criar asnos, y preguntó si quería aprender. El mozo aceptó en el acto.

Esta vez, la tarea de atender al caballo del noble se le asignó a Setsae, el tercer hijo del labriego.

Este no podía contener la indignación al pensar que sus dos hermanos se habían alejado tras haber sido golpeados siendo inocentes. Por eso, varias veces al día le surgía la idea de matar al caballo y huir. Empero, no se atrevía a hacerlo, preocupado por sus padres.

“Canalla, sabrás quién soy yo”, pensaba.

Salía al campo tirando del caballo y, en lugar de darle de comer, sólo le obligaba a beber agua hasta hartarse y luego volvía temprano a casa.

Entonces, el noble se alegraba mucho riendo a carcajadas. Al cabo de unos días, el caballo se enfermó, por solo beber agua.

Encolerizado, el noble le pegó muy duro.

Por la noche, Setsae no podía conciliar el sueño, no tanto por el dolor sino, así, por la pena.

“¡Si también yo pudiera abandonar la casa como lo hicieron

mis hermanos! ... Pero, si hasta yo me marchó, ¿qué pasará con mis viejos?", pensó.

Cuanto más pensaba, tanto más se sentía angustiado y de sus mejillas se deslizaban lágrimas.

Su padre que se percató del sufrimiento del menor hijo, le sugirió con voz queda:

—Hijito, no te preocupes por nosotros, márchate tú también. Irás a cualquier lugar y regresarás con un don útil para la familia.

El hijo se arrodilló ante sus padres y les dijo con voz llorosa.

—También yo regresaré al cabo de tres años y tres meses. Durante mi ausencia, cuiden la salud.

Al día siguiente muy de madrugada el joven se marchó y pensó en qué habilidad adquiriría.

Cruzó tres montes altos y tres ríos caudalosos; atravesó una llanura muy extensa y entró en un bosque, y escuchó unos martillazos. Se aproximó y descubrió una choza entre paktales. Llegó allí y tocó a la tranquera. Un anciano canoso asomó la cabeza.

El mozo saludó y contó la razón de su presencia. Al escucharle, el anciano respondió que no poseía otra habilidad más que la de hacer mazos con paktal, y le preguntó si quería aprender, a lo que él contestó que sí.

—Bueno, entonces entra.

Dijo el viejo con amabilidad.

(2)

Transcurrieron tres años y tres meses.

Chotsae le dijo a su maestro, que le enseñó la técnica de montar la mesa para comer:

—Abuelo, permíteme regresar a mi casa, porque ha terminado el plazo prometido a mis padres.

—¡Hum! Durante ese tiempo aprendiste con aplicación la técnica de fabricar mesas, la cual, de regreso, te será muy útil. La despedida me da mucha pena. No tengo otra cosa más que esto para regalarte. Llévate y alegría a tus padres.

Dicho esto, el anciano le dio una mesa muy vieja y usada.

El joven se sintió algo disgustado y le dijo:

—Abuelo, voy a casa tras largo tiempo y quisiera llevar una nueva.

El anciano le contestó riendo:

—¡Ja, ja, ja! Tú no sabes nada. Aunque parece un trasto, esta mesa no es común, sino un tesoro. Si tocándola le piden, da todo lo que se quiere, sea arroz o carne. ¿Quieres verlo una vez?

El anciano la tocó tres veces, pidiéndole que le diera arroz. En un instante, sobre la mesa apareció un montón de arroz tan blanco como la nieve.

Chotsae, muy satisfecho, saludó reiteradamente al anciano y se marchó llevándosela en un hombro.

Cruzó de un aliento tres montes abruptos y salió del bosque cuando ya empezaba a ponerse el sol.

Caminó algún tiempo más y vio una casa de tejas debajo de un alto olmo.

Contento se acercó a ella, y preguntó:

—¿Hay alguien aquí?

Al poco rato, un hombre con barba de chivo salió a su encuentro.

—¿Quién eres?

—Soy un viajero, pero, como el sol se ha puesto, permíteme pasar la noche en su casa.

Tan pronto como terminó de hablar el hombre se negó tajantemente, diciendo que no contaba con un cuarto libre.

El mozo, de buen corazón, suplicó que le permitiera alojarse, afirmando que le regalaría el arroz y carne que necesitara.

Al escucharle, el hombre le preguntó si era cierto y, poniéndose humilde, se apresuró a invitarlo a entrar, tirándole de la mano.

—Si eso es cierto..., afortunadamente está vacía una habitación, donde puede descansar a piernas sueltas.

No bien el mozo atravesara la puerta, el hombre le trajo todos los recipientes vacíos que tenía.

El joven tocó la mesa y, pidió: “¡Que salgan arroz y carne!”

En el acto, la mesa empezó a dar arroz y carne hasta que se llenaran todos los recipientes.

El hombre puso los ojos como platos. Le ofreció buena comida y preparó la cama con blandas mantas de seda en un cuarto bien calentado.

Muy cansado por el largo viaje, el joven se quedó dormido tan pronto como se acostó. El hombre aprovechó la oportunidad para cambiar la mesa mágica por la suya.

El joven no sabía nada de ello y al día siguiente por la madrugada reanudó su viaje. Por fin llegó a su tan añorada casa y llamó en voz alta a su madre. Empero, nadie respondió.

El perverso noble, al verlos viejos y enfermos, que no le podían servir los había echado. Vivían en el cobertizo de una casa de la aldea vecina y apenas subsistían con la ayuda de los vecinos pobres.

La puerta se abrió con un crujido y el noble asomó la cabeza y gritó:

—Canalla, ¿eres tú? Has venido a tiempo. Pagarás lo que durante tu ausencia yo gasté para mantener a tus padres. Después te largarás de aquí.

—Si me lo exige, lo pagaré. Pero, dígame dónde están mis padres.

—Dicen que viven en el cobertizo de una casa de la aldea vecina. Pero, págame pronto. ¿Oíste?

El noble extendió una mano.

El joven, aunque se sentía indignado, decidió mostrarle quién era él y dijo:

—No alcanzarán sus manos. Ponga todos los recipientes vacíos que tenga. Los llenaré de arroz y carne.

Abriendo la boca de oreja a oreja, el noble gritó hacia el interior de la casa.

—Óiganme, traigan todos los sacos vacíos de la despensa.

—Entendido.

Los sirvientes los trajeron.

Chotsae puso la mesa sobre el suelo y la tocó diciendo:

—Que salgan arroz y carne.

Sin embargo, la mesa no accedió a su pedido. ¿Cómo era posible que una mesa común los produjera? El joven quedó perplejo y se limitó a menear la cabeza.

El noble, colérico y resoplando con dificultad, vociferó:

—Sin vergüenzas. ¿Te atreves a burlarte de mí? ... De inmediato, tirad al suelo a ese loco y pegadle garrotazos en las pantorrillas.

Al cabo de tres años y tres meses, el mozo agolpeado se dirigió tambaleante al caserío cercano y se encontró con

sus padres, ante los cuales se cayó de rodillas derramando lágrimas.

También los viejos, huesudos y enfermos, lloraron desconsoladamente apretándolo contra el pecho.

(3)

Días después, también Tultsae decidió regresar a casa y se lo dijo a su maestro.

El anciano, dándole palmaditas en los hombros, le manifestó:

—¡Hum! Hasta la fecha has aprendido con dedicación el método de criar asnos. Tus padres se pueden sentir contentos.

Y expresando su tristeza por la despedida, le dio un asno huesudo.

El joven no disimuló su disgusto y, frotándose con la mano la nuca, le suplicó:

—Abuelo, como voy a ver a mis padres al cabo de tres años y tres meses... ¿No podría proporcionarme un asno fuerte?

El anciano, mesándose la barba, contestó:

—Veo que no sabes nada. Este asno no es un animal común, sino un tesoro. Si uno le toca el vientre, de allí salen pedazos de oro. ¿Quieres comprobarlo?

Dicho esto, el viejo dio palmaditas al vientre del animal, gritando:

—¡Salga oro!

De inmediato, el asno parió un esplendoroso pedazo de oro.

El mozo, muy satisfecho, le saludó más de una vez y se alejó de su lado.

Cruzó tres ríos anchos y tres montes escarpados, y cuando salió a una extensa llanura ya caía el sol.

Caminó un poco más y apareció ante su vista una casa de tejas, plantada debajo de un alto olmo.

Se acercó con alegría y tocó a la puerta.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

Tras un buen rato, se abrió la puerta por donde un hombre con barba de chivo asomó su cabeza.

—¿Quién llama?

—Soy un viajero, se ha puesto el sol y quiero que me permita pasar la noche en su casa.

Habló con cortesía, pero el hombre, mirándolo de reojo, refunfuñó:

—¡Caramba! ¿Quieres dormir aquí? Pero, no hay cuarto.

El joven, de buen corazón, le imploró que se lo permitiera, prometiendo que le daría un pedazo de oro.

Al escucharle, el hombre cambió de tono y preguntó:



—¿Qué decía? ¿Un pedazo de oro?

—Sí. Se lo entregaré.

—A ver.

—¿Qué valdría solo mostrárselo? Usted preparará un envase y se lo daré.

El hombre entró de prisa en el cuarto y salió con un cofre grande y pesado.

El joven, dando palmaditas al vientre del asno, le ordenó que produjera oro, y el animal parió un pedazo de oro del tamaño de un puño.

Al verlo, el dueño bosquejó una sonrisa adulatora y, tirándolo de la mano, dijo:

—No he reconocido a tiempo a un señor rico. Entre pronto, por favor.

Un rato después, le sirvió una rica comida.

Al cenar, el joven sintió que el sueño lo invadió y se quedó profundamente dormido.

Muy avanzada la noche, el hombre se levantó sigilosamente y cambió el asno por el suyo.

El mozo no sabía nada en absoluto y al día siguiente por la madrugada reanudó su camino.

Llegó adonde había vivido y llamó a su madre, pero no le respondió nadie; solo reinaba un silencio sepulcral.

Volvió a llamarla con impaciencia. Al poco rato se abrió la puerta y salió arrogante el noble.

—¿Eres tú? —refunfuñó— Has venido a tiempo. Págame de inmediato lo que gasté para alimentar a tus padres.

El joven le dirigió una fulminante mirada y dijo:

—Si me lo impone, lo pagaré. Pero dígame dónde viven mis padres.

—Se dice que habitan en el cobertizo de una casa de la aldea vecina. Primero, págame y luego te irás. También tu hermano que regresó días antes, vive con ellos.

El mozo prometió que le daría un pedazo de oro y palmeó el vientre del asno, gritando;

—¡Salga oro!

Sin embargo, el asno no lo entregó, sino, solo dio una coz.

El noble, rabioso, le reprendió:

—¡Malcriado! ¿Te atreves a engañar a un noble? Sinvergüenza...

Y luego ordenó a sus sirvientes que le diera latigazos en las pantorrillas y le quitó hasta el asno.

El mozo no tuvo otro remedio y con las manos vacías fue a encontrarse con sus padres.

Al cabo de tantos años, los cuatro se reunieron y, abrazándose unos a otros, lloraron largo tiempo con tristeza.

(4)

Unos días después, también Setsae decidió regresar a su casa.

El anciano canoso le obsequió un viejo saco con un mazo de paktal ya gastado.

El joven le dijo algo disgustado:

—Abuelo, ¿cómo podría llevárselo a mis padres a quienes voy a ver al cabo de tres años y tres meses? Por favor, tenga la bondad de darme uno nuevo.

El anciano sonrió y le advirtió:

—¿Qué tontería dices? Aunque se trata de un mazo mugriento es un tesoro metido en un saco que también lo es. ¿Quieres comprobarlo?

Dicho esto, el anciano sacudió el saco, ordenando “¡Golpea!”. Y de inmediato, el mazo salió del saco y voló solo tratando de golpear al joven, quien apenas pudo evadirlo.

El viejo se rió a carcajadas y volvió a ordenar: “¡Entra!” El mazo se escondió en el saco.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Quedé muy asustado —respondió el joven, bosquejando una sonrisa.

—Entonces, llévatelo y márchate. Creo que infaliblemente lo necesitarás.

—Gracias, abuelo. ¡Adiós!

Setsae le hizo varias reverencias y se fue. Cruzó tres ríos anchos y tres montes altos y atravesó una llanura cuando empezó a caer el sol.

Dirigió su mirada a todos los lugares, pero no vio ningún hogar. Caminó algún tiempo más y descubrió una gran casa de tejas debajo de un alto olmo.

Corrió hacia allí y tocó con fuerza a la puerta.

—¿Hay alguien aquí?

Al cabo de largo rato, la puerta se abrió con un crujido y un hombre con una barba de chivo asomó la cabeza.

—¿Quién llama? —preguntó entre dientes.

—Soy un viajero, permítame pasar la noche en su casa.

—¿Qué, pasar una noche aquí? No. De ninguna manera.

El hombre, creyendo que el visitante era un infeliz que no tenía nada, lo rechazó y quiso cerrar la puerta.

Indignado por el insulto, el joven puso en el suelo el saco que colgaba de su hombro y le ordenó: “¡Golpea!” El mazo empezó a volar y pegar duro al hombre.

—¡Ay! Sálveme, señor. Ya basta, me muero.

El hombre, echándose de rodillas ante el joven y juntando

las dos manos le pidió perdón. Solo entonces, el joven ordenó al mazo meterse en el saco.

El hombre le permitió, de mala gana, alojarse en un tambaleante cobertizo.

El joven estaba muy cansado por el largo viaje, pero no podía conciliar el sueño, y ante sus ojos surgían unas tras otras las imágenes de sus padres y hermanos.

Avanzó la noche. Oyó murmullos que salían del dormitorio del dueño de la casa y luego sintió que alguien se acercaba sigilosamente.

“¿Quién será?”

Cerró los ojos y fingió dormir, roncando estrepitosamente.

Rato después, alguien se aproximó y tiró levemente del saco que tenía debajo de la cabeza como almohada.

Entonces, el joven se incorporó como un resorte y gritó: “¡Golpea!” Al instante el mazo salió del saco y empezó a golpear al ladrón, que cayó lanzando un alarido: “¡Ay!” Era el dueño de la casa.

Setsae le reprendió con severidad:

—Canalla. A juzgar por tu conducta, veo que esta no es la primera vez. Sin duda, has robado muchas veces. Confiesa todos tus delitos.

Al principio, el hombre intentó engañarlo, pero, al ser

golpeado sin cesar por el mazo, no pudo menos que entregarle la mesa y el asno que había quitado a los hermanos de Setsae.

El joven, cabalgó sobre el asno llevándose la mesa y el saco en hombros. Cuando llegó a su casa el sol salió de detrás del monte de este. Llamó en voz alta ante la puerta de la casa:

—Padre, madre, ha regresado Setsae, su tercer hijo.

Pero, nadie respondió.

El joven bajó del asno y tocó fuertemente la puerta, que se abrió bruscamente y salió a su encuentro el noble con mirada fulminante.

—Maldito, ¿cómo te atreves a alborotar tanto?

Y enseguida, lo agarró por el cuello.

El joven sintió que la sangre le hervía, pero se calmó y le preguntó con urbanidad:

—¿Por qué me trata así? Yo busco a mis padres. Suéltame.

El noble se puso más furioso y no dejó de gritar.

—¿Qué? ¿Te atreves a enfrentarte a mí? Canalla. ¿Me ordenas soltarte? ¿Querrás experimentar garrotazos en las pantorrillas como tus hermanos?

—Entonces, ¿regresaron mis hermanos? ¿Dónde están ahora?

—Sí, están aquí. Regresaron hechos mendigos como tú. Deben estar temblando de frío, junto con los viejos, en algún cobertizo de la aldea vecina.

El noble respondió con una risa burlona.

Al instante, los ojos del joven lo fulminaron y retumbó un grito:

—¿Qué dices? ¿Qué pasó?

No pudo soportar más; le dio un tremendo cabezazo en el mentón y ordenó al saco: “¡Golpea!”.

En el acto, del saco salió el mazo de paktal y volando empezó a pegarle al noble.

—¡Ay! Sálveme, me muero.

El noble quiso huir hacia el patio de fondo de la casa, pero tropezó con el umbral y cayó.

—¡Ay, ay!

Lanzó alaridos y se arrastró a gatas. Al poco rato, del interior salieron sus familiares y sirvientes.

El mazo golpeó con más fuerza a todos los que se acercaban. Sus movimientos eran tan rápidos como un relámpago. Solo algunos pudieron librarse y huir.

Setsae mandó al mazo que volviera a entrar en el saco.

Esta noticia se propagó en un santiamén por todo el caserío, y los aldeanos acudieron allí a todo correr y al ver al noble en el suelo se alegraron mucho. Pronto llegaron los familiares del muchacho, junto con los vecinos pobres de otra aldea.

Setsae corrió a su encuentro e hizo una profunda reverencia a su padre y se abrazó a su madre, a quien tanto quería ver.

—¡Madre!

—¡Oh, mi Setsae! ¡Por fin, has regresado sano y salvo!
Aunque me muera ahora, no tendré pena.

La vieja, le acarició la cabeza durante largo rato.

Ese día, los tres hermanos ofrecieron un gran banquete e invitaron a todos los coterráneos.

Primero, Chotsae puso la mesa en medio del patio y le pidió que sirviera toda clase de manjares, y luego Tultsae dio palmaditas en el vientre del asno para que diera pedazos esplendorosos de oro.

Los invitados se quedaron boquiabiertos sin siquiera articular una palabra.

Por último, Setsae, mostrándoles el mazo intervino:

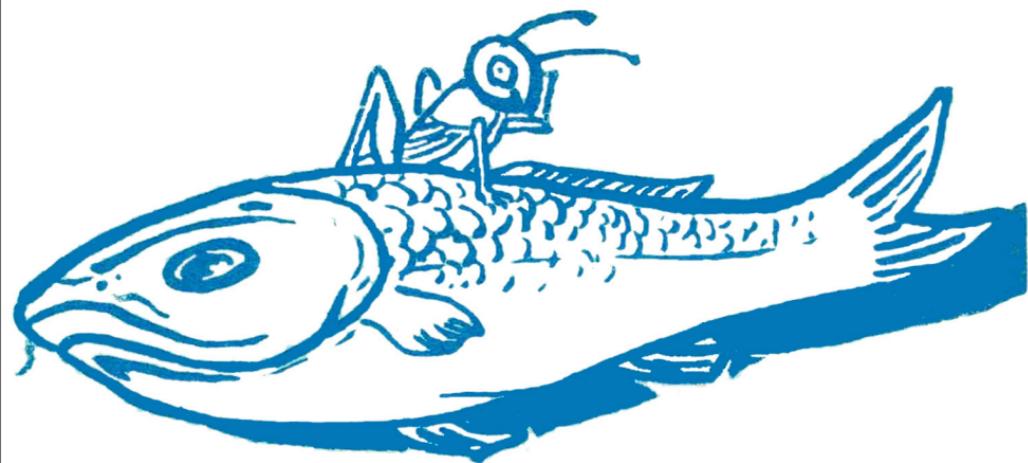
—Coterráneos, este pega solo a quienes cometen delitos. Los honestos no tendrán problemas. ¿Qué dicen? ¿Vamos a probar si hay aquí alguien que sea objeto de castigo?

Dicho esto, ordenó al saco: “¡Golpea!” Efectivamente salió del saco el mazo y voló sobre las cabezas de los reunidos, pero no pegó a nadie.

Setsae, con una amplia sonrisa, lo metió en el saco.

Mientras tanto, sus dos hermanos repartieron equitativamente entre los aldeanos arroz, carne y pedazos de oro.

Más tarde, según se dice, los tres hermanos vivieron felices durante largo tiempo, junto con sus padres viejos.



Saltamontes arrogante

Hace muchísimo tiempo, a la ribera de un río, limpio y cristalino, que corría de remanso en remanso, vivieron en armonía, ayudándose unos a otros, la cigüeña, la hormiga y el saltamontes.

Un día de la primavera templada, los tres se reunieron para discutir cómo pasarían una alegre jornada.

La cigüeña fue la primera en intervenir.

—Chicos, ¿qué os parece ir al río y coger peces?

—Bueno —respondió satisfecha la hormiga— Pasaremos

alegres un día, tomando sopa de pescado hasta saciarnos. También yo cumpliré bien la tarea que me toque.

Al verla alegrarse mucho el saltamontes le dijo:

—¿Qué podrá hacer una pequeñita como tú? De las tareas yo me ocuparé. Tu deber es seguirnos con empeño, sin quedarte rezagada.

Y luego, empezó a avanzar saltando.

La cigüeña podría llegar de un tirón al destino, porque poseía alas, pero, preocupada por la hormiga que andaba con piernas tan cortas, caminaba muy despacio.

La hormiga, si bien no podía avanzar rápido, le seguía con paciencia sin descansar ni un momento.

Todos llegaron a la ribera del río y cada cual se le asignó tarea: La cigüeña cogería los peces en el agua; la hormiga los destriparía y limpiaría, y el saltamontes montaría la olla y atendería la lumbre.

La cigüeña y la hormiga trabajaban con entusiasmo, pero el saltamontes no se afanaba y solo miraba cómo pescaba la cigüeña. Creía que se le había asignado la tarea más desdeñable, y murmuró:

—¿Por qué no podré coger peces cuando lo hace esa cigüeña larguirucha?

Tiró el hurgón y se le acercó.

—Cigüeña, ¿no te has cansado? Descansa, atendiendo la hoguera. Ahora yo voy a pescar.

—¿Qué? ¿Has perdido la razón? ¿Cómo podrás entrar en el agua con tan pequeño cuerpo? Serás tragado de un bocado por un pez. No, es imposible, ni te atrevas. Vete a atender la lumbre.

La cigüeña le persuadió más de una vez, pero el saltamontes, habituado a alardear, se arrojó al agua.

Entonces una enorme carpa que andaba en busca de alimento, salió a la superficie y se lo tragó de un bocado.

—¡Merecido! —murmuró la cigüeña— Ha recibido el castigo por no prestar oído a mi sugerencia.

Al principio, la cigüeña, disgustada por la arrogancia del saltamontes que siempre se creía superior a otros, pensó en permanecer indiferente para darle una lección, pero como eran buenos amigos y además ella tenía buen corazón, no podía proceder así.

Entró de prisa en el agua y persiguió a la carpa que se había tragado el saltamontes. Un largo rato después reapareció con el pez en el pico y tirándolo a la orilla gritó:

—Oye, hormiga, destrípalo. Date prisa.

Esta corrió hacia la carpa con el cuchillo en la mano, y le separó el vientre, del cual salió a saltos el saltamontes, quejándose:

—¡Uf, qué calor! ... ¡Cuán pesada la carpa!

Y con un gesto arrogante alisó con las dos manos la frente hacia atrás como si no le hubiera pasado nada, aunque en el vientre de la carpa había temblado de miedo ante la inminente muerte.

Al verlo, la hormiga y la cigüeña se quedaron boquiabiertas y se limitaron a contemplarlo sin decir nada.

El saltamontes, dirigiéndoles una mirada dijo con hipocresía:

—¿Por qué solo permanecen así cruzados de brazos? Me costó mucho trabajo atrapar una carpa gorda, pero ustedes no hacen nada...

Y no dejó de alisar hacia atrás su frente de piel enrojecida por la fermentación en el vientre del pez, la cual, finalmente, se desprendió.

—De veras, es un desdichado. Lo he salvado a duras penas del peligro de ser alimento del pez, pero no ha corregido ese mal hábito de comportarse arrogante.

Muy asqueada e indignada ante la altanería del saltamontes, la cigüeña refunfuñaba, en tanto que la hormiga se desternillaba de risa al ver al saltamontes con la piel desprendida al vanagloriarse olvidando que sin duda habría sido víctima de la carpa si la cigüeña no le auxiliaba, y a esta que alargaba el pico y torcía la boca porque el saltamontes desdeñaba de su salvadora. Desde entonces, según se dice, la cigüeña tiene largo el pico y la hormiga una estrecha cintura.



Metate singular

Erase una vez, un rey poseía un metate, que parecía común, pero, era singular, una inapreciable joya que daba todas las cosas que se le pedían, moviéndose por sí solo. Según se le pedía daba oro, plata o arroz.

Un día, un vasallo, que acostumbraba a decir que seguiría leal al rey, hasta la muerte, robó con mucho sigilo esa joya de las arcas.

Una noche oscura, llevándolo a cuestas, escapó por la puerta

trasera del palacio y caminaba rumbo a su aldea natal. Caminó sin descanso hasta el amanecer, y por fin logró alejarse bastante del palacio, pero no podía estar tranquilo ni un instante.

Si alguien le miraba con atención, se sentía intranquilo, y si un transeúnte le preguntaba dónde consiguió el metate, un escalofrío le corría el cuerpo.

Si el rey se enteraba de que había sido robado ese molino, pasaría avisos a todas partes del país, ordenando capturar al ladrón. Así, resultaría que perdería la cabeza de un sablazo.

“¿Cómo podría escapar sin peligro hasta mi casa?”, pensó.

Con una piedra tan pesada no podía realizar sin inconvenientes un viaje largo.

Al final, decidió ir al mar y llevarla en barco. Si bien para ello debía dar un gran rodeo, podía evitar el encuentro con otras personas, lo cual, le pareció, lo aliviaría de la zozobra.

Llegó al mar, se robó un barco y puso a bordo el metate. Luego desplegó la vela y tomó el timón. Afortunadamente, sopló la brisa y empujó la embarcación mar afuera. La tierra firme se alejaba poco a poco hasta perderse de la vista.

Se sintió tranquilo y exhaló un suspiro de alivio. No había nadie que lo delatara al rey. Ya podía considerar que se lo llevó sin tropiezos a casa.

El barco se deslizaba a toda velocidad sobre la superficie del mar, empujado por el viento.

Muy contento porque poseía la singular joya, el ladrón bailaba sobre cubierta y cantaba:

*Eheya, bueno,
vamos pronto, barquito.
Con este metate
ya no envidio ni al rey.
¿Qué le pediré al metate:
oro, plata o arroz?*

La canción le despertó el deseo de probar pedir algo.

“¿Solicitaré oro o plata? Eso sí es bueno, pero lo haré en casa. Entonces, ¿qué pediré?”

Murmurando así, se dio una palmada en la rodilla y decidió pedirle sal.

En la antigüedad, la sal era tan valiosa que se pagaba el precio que se pedía. Así, se decía que tenía igual valor que el oro.

El ladrón mirando el metate, dijo:

—Piedra moledora, dame sal blanca, sal preciosa.

Acto seguido, el metate giró con ligereza y empezó a dar sal por montones.

—¿Será sal de verdad? La probaré.

Se metió un puñado en la boca y, de inmediato, con una mueca, escupió.

—¡Ah, sí es sal!

Lleno de ánimo, y subiendo y bajando los hombros, continuó cantando:

*Eheya, es bueno,
vamos pronto, barquito.
Moviendo este metate,
tendré todas las riquezas que desee
y viviré feliz miles de años.*

Después de hacer esto, cerró los ojos y se vio a sí mismo viviendo en la abundancia y dando órdenes. Aparecieron ante él una casa más lujosa que el palacio real, deliciosos manjares y mandando obedientes sirvientes y hermosas muchachas.

Entretanto, la sal no dejaba de salir y desbordaba el barco a punto que se hundía por el peso. Podía decirse que la dicha y la desgracia se llegaron juntas.

El ladrón, asustado, gritó:

—Metate, ya basta. Deja de moverte.

Sin embargo, la piedra moledora no le obedeció; continuó moviéndose.

El sabía cómo ponerla a funcionar, pero no aprendió a pararla.

Por fin, el agua se tragó el barco.

El vasallo ladrón pataleó entre las olas, tratando de salvarse, pero finalmente se hundió en el agua, sin que pudiera volver a salir.

Pero, ¿qué pasó con el metate? Aunque cayó en el fondo del mar, no dejó de moverse y siguió produciendo sal. ¿Qué cantidad se ha acumulado en el mar, desde esos tiempos inmemoriales? Esta es, según se dice, la causa por la cual el agua de todos los mares es salina.



La bola azul y la roja

En una recóndita aldea montañosa había dos casas vecinas, en una vivía Chakhandong-i, que significa niño honesto, y en la otra Yoksimdong-i, niño codicioso.

Desde pequeños, ambos no se llevaban bien y, cada vez que se encontraban discutían y hasta lidiaban a los puños, porque Yoksimdong-i quería apoderarse de todo, mientras, Chakhandong-i le sugería que dejara de actuar así.

Los meses y los años volaron. Ellos se hicieron hombres y se casaron y constituyeron familias.

Como dice un refrán: El hábito de los tres años llega hasta los ochenta; a medida que entraba en edad, Yoksimdong-i era más codicioso. Loco por el dinero cometía toda clase de fechorías

e, incluso, timaba a los demás, fraguando pretextos absurdos.

De esta manera, se convirtió en un gran rico; poseía una gigantesca casa de tejas, donde vivía dando órdenes.

Sin embargo, Chakhandong-i se preocupaba más por otros que por sí mismo y trabajaba con honestidad. Siguió siendo pobre e incluso dejaba de comer tantas veces como un rico comía.

Un día en el otoño tardío, no tenía nada para el desayuno. Sus hijitos lloriqueaban por el hambre.

Chakhandong-i, tras pensar y pensar mucho, fue a casa de Yoksimdong-i para pedirle prestado un poco de arroz. Pero, este chilló diciendo que si bien tenía almacenada gran cantidad, no había ni un grano para prestar a un pobre, y lo empujó fuera de la puerta.

Retorciéndose de rabia, Chakhandong-i apretó los puños, pero no tenía otro remedio que soportar.

“¿Dónde podré conseguir alimentos?”, pensó.

Andaba triste y sin rumbo. Y así llegó al pie de una montaña en que había bancales.

Hacía ya mucho tiempo que habían sido cosechados y no quedaba ni un grano, excepto hojas secas que volaban empujadas por el viento otoñal.

No obstante, Chakhandong-i, impulsado por una vaga

esperanza, hurgaba entre los surcos, doblando la cintura, y por fortuna, descubrió una mazorca.

Al pensar que podía dársela a los chicos que llorarían de hambre, sintió bastante aliviada su alma.

Cuando empezó a descender hacia la casa, oyó que a sus espaldas una voz implorante la llamaba.

—Oiga, joven. Oiga, joven.

Volvió la cabeza y en el bosque cercano vio a una anciana encorvada caída en el suelo con un retorcido bastón en la mano.

Se apresuró hacia ella y, ayudándole a incorporarse, le preguntó:

—¿Se siente mal, abuela? Entonces, vamos a mi casa y allí recobraré el ánimo.

—No, nada grave. Hoy mismo tengo que cruzar ese monte. Pero no he almorzado y ahora no puedo caminar más por el hambre. ¿No tienes algo de comer?

El joven le entregó sin titubeos la mazorca recogida.

—Abuela, no tengo nada más que esto. Tómela. Pero ¿cómo podría comer el maíz sin asar? Espéreme un momento; lo asaré.

Al escucharle, la anciana lo tomó en su mano y le dijo:

—No, no hace falta. Yo misma lo haré. Veo que tú eres un joven de buen corazón. ¿Cómo podría yo recompensarte?

—No diga eso, abuela. No tiene qué agradecerme.

La anciana le miró cariñosamente y luego expresó:



—Oye, joven. Escúchame con atención. Si vas a la falda de aquel monte delantero, verás un pino de cientos de años, bajo el cual habrá una bola azul y otra roja. Llévate la azul y tírala en el patio de tu hogar. Entonces, se producirá un milagro. Pero, ten bien presente que no debes coger la roja. Ahora, márchate, que yo también me iré.

Dicho esto, ella emprendió su camino por el sendero sinuoso del monte, apoyada en el bastón.

Chakhandong-i fue al lugar indicado por la anciana y vio dos bolas, una azul y otra roja. Cogió la azul y regresó a su casa, donde le esperaban con ansiedad sus hijos.

—¿Has conseguido arroz, papá? —preguntaron ellos, saliendo a su encuentro.

—No. Pero, en lugar suyo, vengo con esta bola.

—¡Ah! ¡Qué bonita! ¿Qué significa, papá?

—Tampoco lo sé. Me dijo una anciana que si la tiramos en el patio, tendremos una sorpresa. Ahora probaremos.

Se sentó en el poyo junto con los pequeños y arrojó la bola al suelo. La bola rodó y rodó y se paró en medio del patio.

En un instante, se oyó un mugido y apareció un toro.

—¡Ah! —exclamaron alegres los chicos—. También tenemos toro.

Chakhandong-i volvió a tirar la bola y aparecieron dos

bueyes más. Muy satisfecho, lo repitió y, esta vez, salieron cuatro.

De veras, era una bola mágica. Cada vez que se tiraba, el número de bueyes crecía en proporción geométrica.

Llegó a poseer muchísimos toros y como era generoso los distribuyó equitativamente entre sus vecinos pobres.

Esta noticia no tardó en llegar a oídos de Yoksimdong-i, quien acudió jadeando a casa de Chakhandong-i y le preguntó cómo pudo poseer muchos toros.

Este no quería ni estar cara a cara con el codicioso, pero, rendido por su obstinada petición, le contó todo lo concerniente a la anciana encorvada.

Al escucharle, Yoksimdong-i ardía en deseos de conseguir aquella bola mágica.

Así, tan pronto salió de la casa de Chakhandong-i, fue directamente a los bancales. Y se lanzó a hurgar entre los surcos y acabó por recoger una mazorca de maíz.

—¡Ji, ji! Ahora sí. Yo también puedo tener una bola mágica.

Se sentó en el borde de la parcela y esperó con ansia que la anciana apareciera. Al poco rato, vio a una anciana encorvada camina apoyada en un retorcido bastón por el sendero sinuoso del monte.

Se levantó y la llamó con premura.

—Abuela, deténgase un momento, quiero verle.

La anciana se detuvo y esperó que él se le acercara.

—¿Qué deseas, joven?

Yoksimdong-i le extendió una mazorca y dijo:

—Abuela, se la daré y usted me dirá dónde existe una bola mágica.

Ella la cogió y, después de mantenerse en silencio durante un rato, habló:

—Si ese es tu máximo anhelo, te lo diré. Irás al pie de aquel monte trasero y verás un olmo añoso, bajo el cual habrá dos bolas, una azul y otra roja. Llévate la azul y tirla en el patio. Entonces, tendrás una gran sorpresa. Pero te advierto que no debes coger la roja. Ahora, me voy.

—¡Ji, ji! ...Entendido.

Sin siquiera expresarle su agradecimiento, corrió a toda velocidad hacia el árbol indicado. Existían dos bolas. Cogió con premura la bola azul, pero no podía abandonar de inmediato el lugar.

—No puedo más. Me llevaré hasta la bola roja.

Y con la bola azul en la mano derecha y la roja en la izquierda, regresó a casa saltando de alegría.

Subió al poyo, dio una ojeada al ancho patio y, al ver la puerta entreabierta, gritó como si sucediera algo grave:

—Cierren la puerta. Advertí varias veces que por descuido por la puerta se pueden escapar todos los bienes de mi casa, pero, ¿por qué no lo tienen presente siempre?

Alguien corrió hacia la puerta y le puso el cerrojo.

Sólo entonces, Yoksimdong-i se tranquilizó y tiró al suelo la bola azul que tenía en la mano derecha.

Esta se detuvo en el medio del patio y apareció un toro mugiendo.

—¡Ji, ji! ¡Verdad que sale un toro! Ahora, probar con la bola roja.

Dicho esto, arrojó la roja y, para su gran sorpresa, salió un enojado tigre, con la boca abierta, que se comió en un santiamén al buey y, saltando el elevado muro, se escapó hacia el bosque del monte trasero. Quedó pasmado, pero, de inmediato, volvió en sí y recogió las dos bolas. Si hubiera tenido juicio, habría arrojado la roja por encima del muro. Pero él, loco de codicia, no la abandonó.

—No importa que sean tigres, me basta que salgan muchos.

Y tiró de una vez las dos bolas, y aparecieron al mismo tiempo un buey y tigre furiosos.

Tan pronto como saliera el buey, se abalanzó bramando contra Yoksimdong-i, que estaba sentado en el entarimado del portal, lo corneó y desapareció.

El codicioso no tuvo tiempo para gemir, volando por el aire, cayó en medio del patio.

En ese mismo momento, el tigre se le lanzó rugiendo, y, tras morderle el cuello huyó saltando el muro.

Así fue como Yoksimdong-i, de mala fe y codicioso, cayó víctima del tigre y ni siquiera pudo mantener la vida que le correspondía.

Empero, Chakhandong-i, de buen corazón, vivió feliz durante largo tiempo, disfrutando del amor de los vecinos hasta después de casar a sus hijos, nietos y bisnietos.



Muerte del zorro

En un bosque vivía armoniosamente un matrimonio de codornices con sus pichones.

Los miembros de la familia trabajaban con honestidad, se ayudaban unos a otros, gracias a lo cual pasaban cómodos, sin ninguna preocupación, tanto los días veraniegos de larga lluvia, como la temporada invernal de cortante frío, cuando eran furiosas las nevascas.

Sin embargo, en la montaña frente a la casa de la codorniz

vivía un zorro astuto, haragán y codicioso.

Soplaba con frescura el viento otoñal; la familia codorniz despertaba temprano y trabajaba en constante ajeteo hasta el anochecer para prepararse bien ante la proximidad del invierno.

En contraste, el zorro dedicaba todo el día a divertirse andando por las montañas. Que se divirtiera solo no era reprochable pero lo malo era que obstaculizaba el atareo de la familia codorniz.

—¡Ay! —dijo el zorro—. ¡Cuán absurdo! ¿Por qué trabajan a brazo partido cuando nuestra vida está predestinada? No puedo comprenderlo. ¿Qué les parece si nos divertimos juntos?

Pasó el tiempo, de los arces empezaron a desprenderse unas tras otras las hojas que teñían de rojo los montes, síntoma de que llegaba el frío invierno.

Caía copiosamente la nieve y bramaba la nevasca. Todo quedó cubierto de blanca nieve, y no había lugar donde conseguir alimentos.

El primer día del año, cuando otros lo pasaban alegre comiendo manjares, el zorro debió ayunar y lloraba de hambre. No podía aguantar más y, apretándose el estómago vacío, se acercó a gatas a la casa de la familia codorniz y espiaba el interior por una rendija de la puerta.

En la casa estaba la codorniz-madre sola, porque los demás

de la familia se habían ido de visita al monte cercano.

“¡Qué fortuna! Es una oportunidad muy buena.”

Tragó saliva e irrumpió en la casa y la cogió en la boca.

La codorniz-madre se encontró en un abrir y cerrar de ojos en la boca del zorro, y gritó con voz sofocante:

—Un momento, tío zorro.

Se sintió asfixiar pero no se aturdió y reanudó su reclamo:

—Escúcheme, ya casi estoy muerta y no me quejo de que me sacrifico por usted. La única pena que tengo es que no puedo avisarle de mi muerte a mi familia. ¿Quiere darme una oportunidad? Mi último ruego es que usted llame una sola vez, por mí, a mi hijo menor que se llama Tolmechuri. Entonces él vendrá de inmediato a verme.

Al escucharle, el zorro calculó con astucia.

“Ahora sí, puedo comerme a todos sus descendientes.”

Y abrió la boca y gritó a voz en cuello:

—¡Tolmechuri!

Al mismo tiempo, la codorniz-madre escapó de la boca y se pasó sobre una rama.

El zorro, aunque quedó muy enojado, no tenía otro remedio que mirar la rama, como cuando un perro que persigue a una gallina contempla sólo el techo adonde ella subió.

La codorniz-madre, mirando al zorro, dijo:

—¡Tío!, no sabía que usted es idiota. ¿Piensa que comerse un ave tan pequeña como yo aliviaría algo su estómago? Espere un momento, la suerte le sonreirá. ¿Cómo yo podré olvidar a quien me salvó? Ahora sígame.

Y se ofreció como guía y volaba delante.

El zorro le seguía sin siquiera saber a dónde iban.

La codorniz lo condujo a la orilla del camino por donde pasaban con frecuencia las personas.

En aquel momento dos ancianos con cacaxtles a las espaldas subían por el mismo sendero para recoger leña.

—Oye —dijo uno de ellos—. ¿Aquel no es un zorro?

—Sí, es verdad.

Los dos, con palos en la mano empezaron a perseguirlo; en ese momento la codorniz se posó suave sobre el lomo del zorro.

—Mira —volvió a hablar el anciano—. La codorniz se ha posado en el lomo del zorro. Primero la cazaremos a ella.

Diciendo esto, se le acercaba paso a paso, con el palo listo.

La codorniz trató de persuadir con paciencia al zorro desde su lomo.

—Tío zorro, no se mueva, hágase el muerto. La huida algunas veces es peor. Aunque aquel anciano le diera palazos, la víctima, primero seré yo pues estoy sobre su lomo.

Al zorro le parecía que la codorniz tenía razón, así le obedeció.

En ese momento, el otro anciano que alcanzó al primero le dijo al oído:

—Mira, cazaremos de una vez al zorro y a la codorniz.

Acto seguido, los dos golpearon fuerte, pero la codorniz escapó ágilmente, batiendo sus alas.

Sin embargo, el zorro no tuvo tiempo para huir y lanzó gemidos lastimeros. Y luego, una convulsión recorría su cuerpo que se endurecía gradualmente.



El hermano y la hermana que vengaron a los padres

Hace mucho tiempo, en una aldea había una choza desde cuyas puertas delantera y trasera se contemplaban, respectivamente, el mar azul y el monte escarpado.

Allí vivía en armonía un matrimonio con sus hijos.

El esposo cultivaba la tierra; la esposa hilaba y tejía; el hijo estudiaba en un colegio privado, y la hija aún era una niña ingenua.

Ningún día en la casa cesaba la alegre risa. Por la mañana cuando salía el sol reían con la alegría de emprender una nueva

jornada y por la noche cuando se levantaba la luna, orgullosos con el resultado del trabajo realizado.

Un día, inesperadamente, un ladrón peludo y vestido de negro, con dos sables largos, irrumpió en la casa, mató al padre, prendió fuego a la casa y se llevó a la madre. Los dos hermanos que apenas se salvaron de las llamas, quedaron huérfanos.

Sin embargo, ellos no se limitaron a llorar tristes. Hicieron un refugio de ramas y yerbas cerca de la tumba del padre, en el monte trasero, se fueron a vivir allí y empezaron a aprender asiduamente el arte de manejar el sable.

Dormían hambrientos y fatigados, en la choza sin luz, pero no tenían miedo, al contrario, redoblaban su decisión de vengar a toda costa al padre y rescatar a la madre.

No tardaron en conocerlo diversos animales y aves, que venían a porfía a prestarles ayuda.

El tigre fue el primero en llegar y luego el oso. Después acudieron muchos otros, entre ellos, el halcón, el águila e incluso el cuervo marino trayéndoles peces en su buche.

Los dos hermanos, sobre el tigre, perfeccionaban la habilidad de manejar el sable y, junto con el oso, iban al mar y aprendían a remar.

Los aldeanos, que no podían dormir a piernas sueltas por temor a que apareciera el siniestro ladrón, en ningún momento



olvidaban a los dos hermanos y les traían comida y ropa.

De vez en cuando, los dos hermanos sollozaban abrazados, inquietos por su madre arrastrada a la guarida del ladrón.

Entonces, la urraca llegaba volando y les traía la alegre noticia de que la madre vivía. Y el papagayo que tenía la facultad de hablar, se posaba ante ellos y les contaba una leyenda de un hijo e hija que vivieron felices tras haber vengado a sus padres.

Mientras tanto, el águila transmitió al cielo lo que pensaban los dos hermanos, y el tigre, llevándolos encima, cruzaba como flecha altos montes y profundos valles para infundirles ánimo.

Con el paso de los días ellos crecían y se fortalecían.

Un día, por la mañana, montados en el tigre, emprendieron el viaje en busca de la madre.

El halcón les sirvió de práctico y el tigre atravesó noventa y nueve cerros escarpados.

Por fin, cruzó el último monte. La guarida del ladrón estaba ubicada en un recóndito vale, rodeada por una valla de piedra tan alta que parecía que llegaba al cielo, pero el tigre la pasó de un salto, como el viento.

No se veía el ladrón; solo estaba su cueva oscura que parecía la boca de un monstruo.

Los dos hermanos, sobre el tigre, comenzaron a entrar en la tenebrosa cueva.

—Pum, pum, pum...

Desde el interior de la cueva salía un sordo ruido. A ellos les pareció familiar.

Aguzando el oído, se acercaban con cautela. El ruido provenía de un mortero que alguien manejaba a duras penas.

La hermana, llena de alegría, cuchicheó:

—Hermano, es la madre.

—¡Efectivamente! ¡Vamos a verla!

Los dos hermanos dieron palmaditas en el lomo del tigre que llegó de un aliento al destino. Tras rejas, la madre machacaba granos en el mortero.

Ellos bajaron del tigre y corrieron hacia su madre.

—Mamá, mamá.

Ella tiró al suelo la mano de mortero y corrió a su encuentro, extendiendo los brazos para abrazarlos, pero, de pronto, se detuvo bloqueada por los gruesos barrotes. Se limitó a mirarlos a través de las rejas y apenas preguntó con voz inquieta:

—¡Ah! ¿Cómo han entrado hasta aquí?

—Madre, —respondió orgulloso el hijo—, durante tu ausencia, he adquirido una fuerza hercúlea y aprendido a manejar el sable. Yo mismo cortaré la cabeza del ladrón y vengaré al padre.

La madre, meneando negativamente su cabeza, dijo:

—No. Aunque seas muy hábil en manejar el sable, aquí no podrás matarlo. Pues, él aunque vive en esta cueva, la vida la conserva en una isla del mar lejano. Por tanto, no sirve de nada cortarle la cabeza antes de acabar con ella.

—¿Cómo? ¿Es verdad?

—¿Cómo no! Dicen que esa isla está en el centro del Mar Este. Para llegar allí, hay que vencer tempestades y peces voraces, así como también atravesar un mar de fuego.

Lanzando un largo suspiro, continuó:

—Si se vence esto, aparece la isla donde habitan animales feroces. Y en medio de ella hay un profundo lago donde vive una polla de agua que conserva en el vientre un huevo que tiene la vida del ladrón.

—Entendido, madre. Cueste lo que cueste, nos vengaremos de él.

—Entonces, márchense pronto antes que regrese.

—Hasta pronto, madre.

Tras saludar a la madre, los dos hermanos montaron en el tigre y regresaron a la cabaña.

Desde el día siguiente, los dos iban a la orilla del mar y armaban una balsa.

No bien la terminaron, emprendieron el viaje hacia el mar

lejano en compañía del águila, el halcón, el cuervo marino, el tigre y el oso.

Las tres aves sirvieron de guías y los animales remaron en popa.

Al principio, la mar se mantenía en calma, pero después de algunos días, las olas empezaban a encrespase por el tifón, impidiendo el avance de la balsa. Para colmo de males, cardúmenes de peces voraces se abalanzaban contra ella por ambos lados para volcarla, dándole cabezazos o saltando entre las olas.

La hermana agarrando el remo, gritó:

—Oye, hermano, yo controlaré la balsa y tú matarás los peces.

El hermano desenvainó el sable y, desde la proa, ordenó:

—De la derecha, encárgate tú, tigre y de la izquierda, oso; yo combatiré aquí.

Todos, unidos con una sola alma, cumplieron sus tareas, surcando enojadas olas negro-azules y matando temibles peces.

Tan pronto vencieran el tifón, esta vez les esperaba el mar de fuego, pero este tampoco les podía impedir el avance. Los dos hermanos con artesas les echaban agua al tigre y al oso, para que no temieran quemarse por su ropa de pelos y siguieran remando con fuerza.

También lograron atravesar sin accidentes el mar de fuego.

Por fin, llegaron a la isla y desembarcaron, pero para ir al lago tuvieron que librar otra batalla contra animales fieros, durante varios días y noches.

Una vez en el lago, el cuervo marino se zambulló en el agua. Era tan profundo que se necesitaba bastante tiempo para emerger.

Instantes después, salió a la superficie, aleteando, la polla de agua atacada por el cuervo marino, que la seguía mordiendo su cola. De lo alto el águila y el halcón bajaron en picada y atacaron sin piedad las alas de la polla que estaba a punto de volar.

Esta coleteaba por no poder aguantar el dolor en las alas, motivo por el cual de su vientre salió el huevo y cayó en el agua.

El cuervo marino volvió a sumergirse y regresó con el huevo, del tamaño de un puño.

Por fin, el huevo, que conservaba la vida del ladrón, cayó en manos de los dos hermanos.

El hermano lo puso sobre una roca y lo golpeó con una piedra, pero no se rompió.

En ese momento, la hermana sugirió:

—Mira, hermano, una vez la madre me enseñó el método de matar huevos. Regresemos pronto y yo misma lo mataré.

Los dos hermanos y sus acompañantes, asiendo fuerte el huevo, regresaron alegres en la balsa.

En la casa, la hermana metió el huevo en una olla con aceite hirviendo; el huevo dio algunos vueltos y se disolvió.

Los dos hermanos fueron a la guarida del ladrón, y allí vieron que este agonizaba y amenazaba a la madre con un sable.

—¡Maldita seas! Le dijiste a tus hijos el lugar donde se conservaba mi vida, ¿verdad? Te mataré.

En ese preciso momento, los dos hermanos se interpusieron rápido.

El ladrón, temblando de miedo, dio unos pasos hacia atrás.

—Alimaña peluda, recibe mi sablazo.

Dicho esto, el hermano esgrimió el sable y decapitó de un golpe al ladrón.

Al vengarse del enemigo, los dos hermanos, abrazando a su madre giraron y giraron de alegría. Se llevaron todas las riquezas que tenía el ladrón y las distribuyeron entre los vecinos pobres. Y ellos mismos vivieron felices durante largo tiempo, junto con su madre.



Las mazas de oro y de plata

En tiempos inmemoriales, en una aldea vivían dos hermanos; el menor, honesto y de buen corazón, respetaba mucho a sus padres. Sin embargo, el mayor, envidioso y de mala fe, en lugar de venerarlos, los maltrataba.

Un día, el hermano menor, con el cacaxtle a cuesta, fue al monte para traer leña. Recogió suficiente cantidad y descansaba bajo un alto avellano, al pie de la montaña. El fresco viento otoñal soplaba agitando las hojas del árbol, y cayó una avellana del tamaño de un puño, y rodó hacia el leñador.

El mozo la cogió y, sonriendo murmuró:

—¡Ah! Solo de verla me despierta el apetito. La ofreceré a mi padre.

Rato después, cayó otra.

—¡Qué bueno! Se la entregaré a mi madre.

Se desprendió otra de la ramita.

—Esta es para mi hermano.

Volvió a caer otra.

—Se la daré a mi cuñada.

Y se desprendió una más.

—Esta la comeré yo.

El mozo recogió las avellanas y las metió en sus bolsillos. Y llevando a cuestas la leña, emprendió el camino de regreso, pero, desgraciadamente, se perdió. Buscaba el camino, oscurecía rápido porque era en la montaña. No tenía otro remedio que pasar la noche en el bosque. Pero, no renunció a encontrar el camino y, al final, descubrió una cabaña vacía, tambaleante, en un valle.

“Ahora sí. Esta noche la pasaré aquí”, pensó.

El joven dejó la leña en el patio y entró. Tenía miedo. Por tanto, subió a la viga maestra y se escondió sobre ella.

Reinaba un silencio sepulcral, sólo oía el chirrido del grillo.

Muy avanzada la noche, afuera surgió, de repente, un alboroto y con un chirrido se abrió de par en par la puerta por donde entraron presurosos unos monstruos.

Era, de veras, una escena horrible. Por temor a gritar contra su voluntad, sacó del bolsillo una avellana y se la metió en la boca.



Los monstruos se alinearon en el cuarto y empezaron a divertirse tocando mazas resplandecientes.

—*Tictac, tictac, salga el oro,
tictac, tictac, salga la plata.*

El joven que contenía la respiración abrazado con fuerza a la viga maestra, mordió contra su voluntad la avellana. Por extrañeza, produjo un ruido tan fuerte que estremeció la viga.

Los monstruos se asustaron sobremanera.

—¡Ay! ¿Y ese ruido? ¿No es que se derrumba la casa?

Enseguida, dejando las mazas con que se divertían, huyeron.

Amaneció; el joven bajó de la viga y vio que aquí y allá estaban esparcidas mazas de oro y de plata, y amontonado un enorme tesoro.

Cargó el tesoro en el cacaxtle y, con él a cuestas, regresó a casa. Por fin, se convirtió en un rico que vivía feliz sin envidiar nada a nadie, vistiendo con seda y comiendo manjares en una gran casa de tejas.

Esta noticia no tardó en llegar a su codicioso hermano mayor que vino corriendo.

—¡Sinvergüenza! Dime con franqueza dónde robaste esas cosas ajenas. De lo contrario, ¿cómo has podido hacerte rico de la noche a la mañana? Dime pronto la verdad.

—¿Qué dices, hermano? Ante ti no miento.

A continuación, le relató en detalle cómo pudo conseguir en

la montaña las mazas de oro y de plata.

Al escucharle, el mayor no podía contenerse, sintió cómo se le llenaba de codicia su mente. Así, pues, tan pronto regresó a su casa se puso una ropa gastada y, levando a cuestras el cacaxtle, se dirigió de prisa hacia el monte.

Recogió un poco de leña, la cargó a comoquiera en el cacaxtle y se sentó bajo el avellano.

Efectivamente, poco después, cayó una avellana y rodó hacia él.

La cogió presuroso y con una amplia sonrisa, murmuró:

—Esta la comeré yo.

Y luego, al ver que se desprendían sucesivamente las avellanas, se dijo:

—Una la entregaré a mi hijo.

—La otra la daré a mi esposa.

—¿Se la daré también a mi padre? No, lo decidiré luego.

—¿Y a mi madre? No, también lo decidiré más tarde.

Y recogió las avellanas, las guardó en los bolsillos de su chaqueta y, pese a que aún no anochecía, fue a la cabaña y, subiendo a la viga maestra, esperaba la llegada de los monstruos.

No bien entraba la noche, apareció un grupo de ellos.

El hermano mayor, dilatando sus ojos, les observó, antes que nada, las manos y se convenció de que tenían resplandecientes mazas de oro y de plata.

“No esperaba más. Me las llevaré todas. Ji, ji, ji.”

Acto seguido, los monstruos se pusieron a jugar con las mazas, tocándolas.

—*Tictac, tictac, salga el oro,
tictac, tictac, salga la plata.*

El hermano mayor sacó del bolsillo una avellana y, tomándola en la mano, se dijo:

—Verán cómo les engaño.

Diciendo así, la masticó con fuerza y se oyó el sonido agudo de su ruptura. Creyó que los monstruos huirían asustados, dejando sus juguetes.

Pero, ¿qué pasó?

Los monstruos, lejos de escapar, inspeccionaban palmo a palmo el cuarto, dando vueltas a sus ojos fulminantes y, por fin, detectaron al que estaba escondido sobre la viga maestra y alborotaron abalanzándosele.

—Canalla, volviste. Días antes, nos asustaste y te llevaste todo nuestro tesoro ... ¿Quieres engañarnos otra vez? ¿Eh?

La tiraron de la viga y pegaron con furia.

—Ay de mí, perdónenme. Por favor, no me maten.

Pero, fue golpeado fuertemente y apenas al amanecer regresó a su casa arrastrando su maltrecho cuerpo.

Más tarde, arrepintiéndose profundamente de su conducta, se convirtió en una persona honesta y, junto con su hermanito, atendió con sinceridad a sus padres.



El tigre y el toro

¿Saben ustedes por qué el tigre, conocido como rey de la selva, no se atreve a abalanzarse sobre el toro?

Hace mucho tiempo, en un bosque inaccesible vivía un viejo tigre, que, considerándose el más fuerte en el mundo, molestaba hasta a grandes animales como el oso y el jabalí, para no hablar ya de los pequeños como el ciervo y la liebre.

Era tan fiero que todos los animales del monte temblaban de miedo, de solo oírlo mentar.

Un día, al final del invierno, el tigre, después de comer bien se sentó al borde de un precipicio y acariciando su barriga llena

contemplaba el valle. Entonces, a lo lejos se oyeron tintineos de un cencerro. Miró con atención, ante su vista apareció un animal amarillo que caminaba despacio arrastrando todo un monte.

—¡Ah! ¿¿Qué animal será ese que anda tirando de un monte!?

Quiso conocerlo y se dirigió con pasos lentos hacia el valle. Al acercarse, vio a un toro que tiraba de un trineo cargado de leña, y murmuró:

—¡Ah, pero era el toro! Verás que yo también puedo hacer lo que haces. Aunque soy viejo, en este mundo no hay nadie que me venza.

Pensó que una vez tiraría del trineo si se le ofrecía la oportunidad.

Se puso el sol; la temperatura bajaba y la tierra, descongelada por el día volvió a helarse.

El anciano que guiaba al toro se detuvo y lo miró con ternura porque jadeaba, cuando aún distaba mucho la aldea.

—Por hoy basta. Ahora vamos a casa y mañana continuaremos el trabajo.

Dejó el trineo en el lugar y se llevó el toro.

En la noche oscura, cuando nadie veía, el tigre se acercó al trineo y se dijo:

—Ahora veremos quién es más fuerte. ¿Por qué no puedo tirar como lo hace el toro?

Se enganchó al trineo y tiró de él con toda fuerza, pero este no se movió de su sitio.

—¡Maldito sea! ¿Qué le pasa? ¿Es que no sabe quién soy?

Toda la noche se esforzaba y esforzaba, sin embargo no lograba moverlo.

Colérico, rugía fuerte, pero no valía la pena. El tontuelo no podía saber que el trineo ya estaba pegado a la tierra por el frío, y a eso del amanecer, se fue sigilosamente para esquivar las miradas ajenas. Se sentía muy disgustado por el fracaso y, sin desayunar, se sentó sobre el borde del mismo precipicio y trató de observar una vez más.

El sol se asomó por el Este y el toro volvió haciendo tintinear el cencerro.

El tigre clavó sus ojos en el toro y murmuró:

—¡Hum! Viene el toro que vi ayer. Ahora miraré cómo tira del trineo tan pesado.

El toro, sin hacer mucho esfuerzo, lo arrastraba y marchaba hacia la aldea.

Viéndolo alejarse el tigre pensó: “¡Ah! ¡El toro es más fuerte que yo! Si me doy aires de importancia ante él tarde o temprano saldré perdiendo.”

Después, según se dice, el tigre no se atrevió a abalanzarse sobre el toro, aunque se encontrara con él.



Koedong-i inteligente

1. Rana desnuda

Sucedió cuando Koedong-i era niño. Un día, su padre lo llevó de la mano a un arrozal. Al llegar al lindero de este el pequeño dijo sonriendo:

—Papá, caminaré yo solo.

—Está bien, haz lo que quieras.

Koedong-i dio pasitos delante de su padre por el lindero del arrozal, cuando las ranas ocultas entre las matas de soya sembradas en los lindes, se zambullían en el agua con las patas extendidas.

El padre le dijo al hijo:

—Mi hijito, mira cómo las ranas huyen por miedo a ti.

El pequeño meneó la cabeza negativamente y habló:

—No, papá. No escapan por miedo a mí.

—Entonces, ¿por qué?

Koedong-i se detuvo y las observó con los ojos claros e inteligentes.

—Mira, papá, las ranas están desnudas y por tanto se esconden en el agua por vergüenza.

El padre se sintió muy satisfecho y rió a carcajadas, diciendo:

—Ja, ja, ja. Parece que es verdad.

2. El padre sacado al patio

Un día, cuando Koedong-i tenía cinco años, su padre abrió la puerta y llamó a su hijo que jugaba en el patio.

—Oye, mi hijito, ven acá.

El pequeño corrió hacia él y se detuvo cerca del poyo, en posición firme.

—Quiero conocer cómo se ha desarrollado tu inteligencia —dijo el padre—. Te pido respuestas una pregunta: ¿dónde estoy ahora?

Ante una pregunta tan clara, Koedong-i quedó atolondrado durante un tiempo y contestó:

—Te encuentras en la habitación.

—¿Seguro que estoy dentro? Entonces, hágame salir de la habitación al patio donde estás parado.

El hijo, meneando la cabecita, clavó su mirada en el rostro del padre y le preguntó a su vez:

—Papá, ¿no importa que te arrastre tirando de las faldas?

—¿No tienes otra idea mejor? —preguntó decepcionando el padre—. Si lo haces, fracasarás. ¿Crees que me vencerás en una competencia de fuerzas? Un hombre debe saber usar el cerebro. De lo contrario, sufren mucho sus manos y pies. Deberías idear algo ingenioso para vencerme.

Koedong-i, apoyando su mandíbula en la mano, como si fuera un mayor, se sumergió en una profunda meditación, acuclillado sobre el poyo.

Y de súbito, empezó a sollozar, rompiendo finalmente en llanto.

El padre se sorprendió sobremanera y, con los ojos dilatados, inquirió:

—¿Qué te pasó? ¿Te duele algo?

El hijo contestó sin dejar de llorar:

—No, papá. Lloro porque no quiero cometer un acto descortés.

—¿Acto descortés?

—Piensa, papá. ¿Cómo podré hacerte salir del cuarto donde

estás acomodado? Sería otro problema invitarte a entrar en la habitación... Por eso lloro de pena.

Al escucharle, el padre asintió con la cabeza y dijo:

—¡Hum! Tienes razón. Entonces yo saldré al patio y tú me harás entrar al cuarto.

Y se levantó del lugar y salió al patio con pasos largos.

En ese preciso momento, Koedong-i se desternilló de la risa y, batiendo palmas dijo:

—¡Ay! Mi papá ha salido al patio. ¿Qué dices? ¿Estás contento?

El padre se dio cuenta de que fue embaucado por el pequeño.

—¡Caray! ¿Te atreves a engañar al padre?

—Entonces, ¿qué hacer? No me surgió otra idea mejor.

El padre rió contento y acarició con cariño la cabecita de su hijo.

—Sí, sí, fui vencido. Veo que durante ese tiempo tu inteligencia se ha desarrollado dos veces más que tu cuerpo.

3. Tres niños que pasaron el puente

Un día templado de primavera el padre asignó a Koedong-i la tarea de llevar algo a la aldea vecina.

El hijo partió de la casa y llegó a la cabecera del puente

que conducía a la aldea vecina. A la orilla del camino vio que tres niños lloraban, saltando ansiosos. Los tres tenían defectos físicos: uno era jorobado, otro tuerto izquierdo y el último cojeaba de la pierna derecha.

Koedong-i les preguntó:

—Chicos, ¿por qué están llorando?

—Mira, —respondió el jorobado—, ¿no ves al guardián con un garrote? Dicen que al pie de aquel monte más allá del puente, el gobernador del cantón ha organizado una diversión en el campo y que a los que tienen defectos se le prohíbe acercarse.

Y le siguió el tuerto:

—Entonces, ¿no son hombres los que tienen defectos?

También el cojo se quejó:

—¿Qué hacer entonces? Para llegar a casa, debemos pasar este puente, pero...

Koedong-i miró hacia la cabecera del puente, donde el guardián, esgrimiendo el garrote, estaba alerta para impedir la llegada de cualquiera que tuviera un defecto.

“¿Cómo podré burlarlo?”, pensó profundamente cerrando y abriendo los ojos y por fin palmeando su rodilla exclamó:

—¡Ahora sí!

Se reunió con los tres niños y les susurró. Los tres asintieron simultáneamente con la cabeza.



Según su sugerencia, el jorobado, cogiendo un guijarro en la orilla del camino empezó a rayar sobre el puente, le seguía el tuerto tapándose el ojo izquierdo con la mano y gritando: “¡Raya recta! ¡A la derecha ..., ahora a la izquierda ... un poco más!”

Cuando ellos llegaron a la mitad del puente, el centinela les gritó con una voz amenazadora:

—Condenados, ¿no encontraron mejor lugar que el puente para jugar? ¡Lárguense pronto de aquí!

En ese momento, el cojo reprendió a los dos:

—¡Se lo tienen merecido! Ya les dije que si rayan sobre el puente, serían reprendidos. ¿No es verdad? Ahora yo borraré y jugaremos en otro lado del puente.

—Sí, tienes razón.

También el cojo cruzó el puente, fingiendo borrar la raya.

De esta manera, los tres alcanzaron su propósito y saltaron de alegría.

Por último, Koedong-i pasó el puente y, sonriendo, les contó:

—Como se ve, si uno usa bien el cerebro, no hay nada que no pueda hacer. De aquí en adelante, si tropiezan con dificultades, no piensen en llorar. ¡Adiós, amigos!

Separándose de ellos, Koedong-i continuó el camino hacia su destino.

4. Mala intención de los bandidos

Un día, a la casa de un labriego del caserío donde vivía Koedong-i llegó un viajero y rogó que como anocheecía, lo dejaran pasar la noche.

El dueño de la casa, un hombre bondadoso, le invitó a entrar cordialmente, advirtiéndole que el cuarto era pobre.

Después de servirle comida le preparó cama en el cuarto contiguo. El huésped, entregándole al anfitrión una bolsa vacía que llevaba, rogó:

—Buen hombre, guárdamela, por favor.

—Está bien. La guardaremos.

El labriego la cogió y puso sobre una repisa en la pared.

Al otro día, por la mañana, el viajero desayunó y se preparó para continuar el viaje. Le pidió al dueño de la casa que le devolviera la bolsa.

El hombre así lo hizo. Entonces, el desconocido metió una mano en la bolsa y de repente comenzó a gritar furiosamente:

—¿Qué hicieron con lo que había adentro?

—¿¡Lo que había adentro!?! ¿No me dio esa bolsa vacía?

—¿Cómo, vacía? Había dentro lingotes de oro y plata.

Tráiganmelos de inmediato.

Todo resultaba tan extraño que el campesino no pudo hablar por un buen rato. No había la menor duda de que la bolsa estaba vacía, pero para su gran sorpresa el desconocido sostenía que en ella habían lingotes de oro y de plata. Era totalmente inexplicable. Por eso, insistió que en la bolsa no tenía absolutamente nada.

El viajero no quería ni oírle, se ponía cada vez más furioso, exigiendo que le devolvieran de inmediato el oro y la plata.

Al oír la algarabía se congregaron todos los vecinos. No obstante, era imposible saber quién era el ladrón. Entonces se dirigieron a la cabecera local para solicitarle al gobernador que hiciera justicia.

El gobernador interrogó primero al viajero:

—¿No tienes la menor duda de que en la bolsa había lingotes de oro y de plata?

—No, señor. Hubo dos tan grandes como puños.

—¿De dónde los tenías?

—El de oro me lo dio el rico Pyon del valle castañal y el de plata el rico Hwang del valle peral.

El gobernador ordenó hacer venir de inmediato a los dos ricos.

Fue traído primero Pyon quien con la cabeza baja afirmó:

—Sí, es pura verdad que yo le entregué un pedazo de oro del tamaño de un puño.

Le siguió en comparecer Hwang, quien sin siquiera pestañear dijo:

—Así ocurrió. Efectivamente yo le di un lingote de plata.

Los dos ricos y el viajero se habían confabulado de antemano para tachar de ladrón al buen labriego y compartir entre sí los bienes de este que serían confiscados.

El gobernador, ignorante de esta perfidia, interrogó con severidad al campesino:

—¿No quieres confesar tu delito? ¿Qué hiciste con el lingote de oro y el de plata?

El pobre hombre vio oscurecerse todo ante sus ojos. Como su alma no era un calcetín no podía darle vuelta para mostrar lo limpia que estaba. No sabía cómo demostrar su honradez.

Le era difícil salvarse de la intriga tramada por los tres ladrones.

Para colmo, incluso el gobernador estaba del lado de ellos.

Injustamente fue tildado de ladrón y encarcelado. Al enterarse los vecinos de la aldea no se pudieron quedar con brazos cruzados, y se fueron en masa al palacio del gobernador.

La persona de mayor edad de la aldea dijo al gobernador:

—El labrador encarcelado es de nuestra aldea como fueron también sus antepasados. Lo conocemos muy bien y nunca

puso su mano en cosas ajenas. Le rogamos analice una vez más el caso.

Ante esta apelación colectiva el gobernador tuvo que aplazar la decapitación inmediata del campesino.

En ese preciso momento Koedong-i se acercó al gobernador y le rogó que le autorizara encargarse del juicio en cuestión porque, aseguraba, sabría distinguir lo bueno de lo malo.

El gobernador se sintió molesto ante el atrevimiento de un muchachuelo plebeyo, pero pensando en su apariencia y prestigio no podía rechazar tajantemente la apelación.

“Bueno, vamos a darle esta tarea. Como el presente juicio resulta muy complicado, es imposible que un muchachuelo lo dirija como se debe ... Si se equivoca en dictar sentencia, esto servirá de pretexto para darle una dura lección.”

Pensando así, el gobernador dijo:

—He oído que tú eres muy inteligente. Bueno, te autorizo dirigir el juicio, pero bajo una condición: si dictas un fallo equivocado, serás encarcelado.

Así fue como Koedong-i se hizo “juez”, autorizado a decidir el destino de los acusados.

Después de escuchar con atención las declaraciones del viajero, de los dos ricos y del campesino, Koedong-i dio la siguiente orden:

—Que el viajero y los dos ricos sean encerrados en celdas individuales, muy separadas unas de otras.

Luego corrió afuera y volvió con una gran masa de arcilla.

Y mostrándola al gobernador y los vecinos de la aldea dijo:

—Haré que el viajero y los dos ricos modelen por separado la forma del lingote de oro y el de plata. Los que los entregaron sacarán formas parecidas a las originales y el que los recibió procurará hacer lo mismo. Si son reales sus afirmaciones, modelarán figuras iguales, pero en caso contrario serán diferentes. ¿Qué opina usted, señor gobernador?

El mandatario inclinó la cabeza aprobando la idea de Koedong-i. Pero, para sus adentros siguió creyendo que seguramente el labriego era ladrón. Además, deseaba que así fuera. Porque pensaba que de rescatar los tesoros, por lo menos la mitad, si bien no en su totalidad, vendría a su posesión en forma de soborno.

Entretanto Koedong-i se fue a las celdas donde estaban el viajero y los dos ricos, y les exigió en términos severos que modelaran exactamente los lingotes de oro y de plata.

Pasado algún tiempo ordenó que le trajeran los modelos hechos.

Para asombro general las figuras eran totalmente diferentes. El viajero hizo dos figuras redondas aplastadas mientras de las manos de Pyon salió una de forma alargada, y Hwang modeló una cosa cuadrangular.

Koedong-i hizo uso de la palabra:

—Vecinos, miren estas cosas. ¿Cómo pueden resultar tan distintas las formas del oro y la plata que tuvieron en sus manos? Estos bandidos pudieron inventar la patraña de la entrega y el recibo de los tesoros, pero no llegaron a inventar las formas. Ahora permítanme retirar dejando a merced de nuestro sabio gobernador la facultad de dictar el fallo.

Y dicho esto arrojó al suelo las masas de arcilla y se alejó con pasos animados.

Gracias a su intervención se descubrió la mala intención de los bandidos, y el labriego injustamente encarcelado pudo regresar sano y salvo a su casa.

5. Burro visto por Koedong-i

Un día, Koedong-i iba solo a visitar la casa de su abuela materna. Caminaba mirando atentamente a ambos lados del sendero y cuando iba a pasar por la cima de una lomita vio venir en dirección contraria un hombre que respiraba dificultosamente.

Pronto supo que el hombre estaba buscando su burro que había roto el freno y huido.

El hombre se dirigió a Koedong-i:

—Oiga, joven, caminando hacia acá, ¿no ha visto un burro?

Koedong-i parpadeó un rato y a su vez le preguntó:

—¿No es tuerto del ojo izquierdo y cojo de una pata derecha?

Y sobre su lomo carga un viejo saco con cebada. ¿Estamos?

—Sí, sí... es mi asno. ¿Dónde lo ha visto?

—Nunca lo he visto.

—¿Cómo es esto? Conoce muy bien a mi burro y dice que no lo ha visto. ¿Cómo se explica?

—Le digo la verdad. No lo he visto directamente.

—Confiese sinceramente. ¿No lo habrá escondido en algún lugar?

—Eh, ¿no le decía que no lo he visto?

Mientras más insistía Koedong-i en que no lo ha visto tanto más crecía la sospecha del desconocido. Finalmente lo tildó de ladrón y lo arrastró ante el juez.

Al escuchar la denuncia del hombre el juez también llegó a la conclusión de que sin duda Koedong-i había robado el burro. En un tono severo interrogó:

—Tú, mozuelo, contesta con franqueza: ¿has visto o no el asno?

Con una actitud soberbia Koedong-i explicó en términos convincentes:

—Señor juez, no soy un ciego con los ojos abiertos. En el camino he visto las pisadas del burro. Observando con detenimiento descubrí que las huellas de una pata derecha eran menos profundas que las de las izquierdas y un poco más pequeña. Esto me hizo pensar que el animal es cojo de una pata derecha. Seguí andando hasta que en el punto donde el sendero se estrechaba vi que el asno arrancó hierbas sólo del borde derecho, lo que significaba que era tuerto del ojo izquierdo. Bueno, continué caminando hasta que observé que de una rama de un árbol pendían algunos pedacitos de hilo. Parece que el asno se restregó contra el tronco del árbol. De los hilos colgaban granos de cebada. Entonces deduje que sobre el lomo del animal había un saco viejo. Pero, señor juez, mientras nosotros perdemos tiempo aquí en inútiles polémicas el burro habrá huido lejos.

Terminada la explicación de Koedong-i no tuvieron nada que replicar ni el juez ni tampoco el desconocido.

Por fin, el dignatario casi gritó al hombre:

—¿Todavía estás aquí? Corre y busca tu asno.

—Sí ... así lo haré.

El hombre hizo una reverencia y se alejó presurosamente.

Koedong-i que por poco era encarcelado por robo, salió con aire orgulloso del local del tribunal y apresuró los pasos hacia la casa de su abuela materna.

6. “¡Por fin, llora el papel tapador!”

La fama de Koedong-i se difundió tanto que llegó muy lejos, hasta países vecinos.

Cierto año, un día a fines de otoño, el rey de un país vecino envió un mensajero al soberano de nuestro país con la solicitud de que le prestara auxilio. Rogaba que le enviara al inteligente y clarividente Koedong-i para descubrir de inmediato al que había robado algún tiempo antes su corona real.

El rey hizo venir a Koedong-i al palacio real y le ordenó que fuera al país vecino con la mencionada misión.

Así fue como Koedong-i tuvo que emprender un largo viaje a una tierra extraña.

Se entrevistó con aquel mensajero y pidió que él se fuera primero y al llegar a su país difundiera la noticia de que pronto vendría del país del sol naciente un experto en cazar ladrones.

El emprendió el viaje algunos días después. De paso, visitó

su aldea natal para despedirse de sus queridos padres.

El padre quedó sumamente preocupado por lo que pudiera ocurrirle a su hijo en el viaje.

—¿Cómo podrás descubrir al ladrón donde la tierra y el agua son desconocidas?

—Papá, pierda cuidado. Ya tengo ideado cómo cogerlo. Estoy seguro que no se escapará.

—¿Cuál es tu plan?

—En primer lugar, hice que el mensajero se fuera primero y difundiera la noticia de mi llegada.

—¿Con qué propósito?

—Entonces, cuando yo arribe a aquel país, saldrá a recibirme también el ladrón. No hay la menor duda de que él estará entre los primeros que me saluden. Tendrá mucha curiosidad e interés en ver con sus ojos qué tipo de hombre será el que va a apresarle. Por eso, yo tomé esta ...

Aunque el hijo no concluyó la frase, el padre hizo con la cabeza la señal de comprensión.

Luego de mirar atentamente a los cuatro lados para ver si no les estaba oyendo algún indeseado Koedong-i volvió a hablar en voz discreta:

—Papá, le rogaría algo. Después que yo salga de viaje, necesito que el día y la hora X usted haga lo siguiente.

Y acercando su boca al oído del padre le secretó un buen rato.

El hombre volvió a aprobar con la cabeza lo que le había dicho el hijo.

Lo acompañó hasta un lugar bastante alejado de la aldea y antes de la despedida dijo:

—Koedong-i, ten en cuenta que uno no debe olvidar a su país ni cuando muere. Nunca y en ninguna parte olvidarás a nuestra bella tierra donde tú naciste. Y cuida tu salud.

—Así haré, papá. Hasta luego.

Hizo una profunda reverencia a su padre y emprendió el camino.

El viaje duró varios días, algunas veces a pie o a caballo y otras veces en embarcaciones.

Por fin, llegó ante el palacio real de aquel lejano país.

Como se había difundido la noticia de su llegada, una muchedumbre estaba aguardando al ingenioso Koedong-i que venía del país del sol naciente.

Con expresión sonriente intercambió saludos con los que vinieron a recibirlo y dirigió miradas atentas a los dignatarios que se encontraban en la primera fila.

“¿Quién será el ladrón, aquél con ojos rasgados? No, no se puede saber por aspectos exteriores. Quizás, puede ser aquél que sonrío bondadosamente...”

Grabando en su mente la figura de cada dignatario se dirigió con pasos lentos hacia el interior del palacio.

El soberano de aquel país lo recibió y quiso saber de inmediato cuánto tiempo necesitaría para recuperar la corona.

Koedong-i aseguró con toda confianza que le harían falta al máximo 15 días.

Esto provocó una gran sorpresa entre los numerosos cortesanos que estaban acurrucados ante el rey.

“¡Vaya, parece que ya sabe quién es ladrón! No en vano se dice que Koedong-i es inteligente.”

Todos pensaron así.

Desde aquel mismo día Koedong-i se dedicó a la búsqueda del ladrón. Se alojó en una pequeña casa solitaria, situada en medio del jardín trasero del palacio real. Su tarea se reducía a pasear por el recinto del palacio o recibir a los visitantes.

Durante tres días hizo que su residencia fuera fuertemente protegida y durmió a piernas sueltas desde las primeras horas de la noche hasta muy tarde de la mañana, dejando bien iluminado el cuarto con abundantes velas.

“Esta noche aparecerá. No hay la menor duda. Como se dice que el ladrón se asusta de su propia sombra, el culpable tendrá una curiosidad inaguantable de saber qué estoy haciendo o estará tramando algún complot para matarme.”

En la noche del cuarto día pidió que se retiraran todos los centinelas, apagó todas las velas y en espera de algo se sentó en un rincón del cuarto. Estaba en estado de alerta.

De afuera penetraba sigilosamente la tenue luz de la luna. Reinaba un pesado silencio. Como no había ni una brisa quedaban completamente quietos hasta los árboles.

El silencio era más profundo a medida que avanzaba la noche.

Precisamente cuando acaba de pasar la media noche, de pronto se percibió que alguien andaba afuera con mucha cautela.

Koedong-i se acercó rápidamente a la ventana, miró afuera y vio moverse subrepticamente una sombra hacia la puerta. Concentró toda su atención para reconocer al intruso que se pegó a la entrada.

“¿Dónde lo habré visto antes? ¡Ah, ya lo sé! Estoy seguro que encontré uno parecido a éste intruso entre los dignatarios que el día de mi llegada salieron a recibirme.”

Recordó cómo no dejaba de sonreírle al preguntarle sobre el viaje. Por más que miraba aquella cara le parecía que era aquel individuo. Pero, no podía estar del todo seguro porque el hombre estaba observando desde la oscuridad lo que pasaba en el interior de la casa.

Otro día Koedong-i le habló al rey de aquel país en presencia de los cortesanos.

—Anoche el mismo ladrón estuvo adonde estoy alojado, hasta ante la puerta, pero mi gran culpa está en que no lo pude coger porque estaba ensimismado pensando en mi tierra natal.

—¿Estabas preocupado? Pero, dime ¿qué te inquieta?

—Es que anoche por poco mi casa se quema a causa del fuego producido en la esquina donde está la chimenea. Felizmente mi padre que regresaba de una visita lo descubrió a tiempo.

—¿Estás enterado de lo que pasa en tu casa, a una distancia de miles de kilómetros?

—Sí, señor. Si no lo cree, puede averiguarlo simplemente. Pero, esto no es importante. Usted puede estar tranquilo porque dentro de algunos días recuperaré su corona. Le aseguro.

Mientras decía esto miró de reojo la cara de cada cortesano y con especial detenimiento la de aquel dignatario.

Dicho hombre con cara enrojecida bajó la cabeza y fingió mirar a otra parte.

“¡Tú eres, no hay duda!”

Koedong-i no exteriorizó su pensamiento y volvió a su residencia con actitud tranquila.

Por su parte, el rey quiso saber la veracidad de la afirmación de Koedong-i. Escogió y envió a la aldea del muchacho al agente

más ágil en caminar y montar. Así se confirmó que realmente se produjo un fuego el día, la hora y en el lugar señalados por Koedong-i. Había ocurrido tal como este y el padre habían acordado el día de la despedida.

Así fue como pronto se difundió el rumor de que Koedong-i tenía ojos tan penetrantes que podía ver lo que pasaba muy lejos, a miles de kilómetros. Entre tanto transcurrieron más de 10 días desde que Koedong-i llegara a aquel país. Durante este tiempo él llegó a saber quién era el ladrón y hasta cómo se llamaba. Pero, no se apresuró en cogerlo, esperó que él mismo viniera.

Fue una noche en que por el viento otoñal comenzaron a caer las hojas de una paulonia que había en el patio. Ese día Koedong-i permaneció adrede mucho tiempo afuera, entró en el cuarto ya muy avanzada la noche.

En el momento en que penetró en la casa sopló el viento haciendo sonar las cintas de papel que tapaban los resquicios de las ventanas.

Considerando que llegó el instante esperado, Koedong-i palmeó con la mano la rodilla a la vez que exclamaba:

—¡Por fin, llora el papel tapador!

Pronto se abrió la puerta de enfrente, por ella se asomó la figura de aquel dignatario sonriente, quien se arrastró a gatas en dirección a Koedong-i. El era quien había robado la corona real

y se llamaba casualmente MunPhung Ji (papel tapador).

Al llegar ante los pies de Koedong-i se arrodilló y comenzó a suplicarle con las manos juntas.

—Desde el primer día sabía que ha robado la corona real. ¿Por qué ha venido a confesar tan tarde?

—Por favor ... por favor ... permíname usted esta vez. Sé que mi delito es imperdonable, pero si usted me perdona, nunca en mi vida volveré a cometerlo. Le suplico que sea indulgente conmigo y con mi familia.

El cortesano derramó sentidas lágrimas.

Koedong-i decidió actuar de acuerdo con lo que enseñaban desde antaño: que no se decapite a la ligera al ladrón, por muy grave que sea su delito, si lo confiesa por sí solo pidiendo indulgencia.

Le advirtió que si volvía a cometer semejante acto sería castigado con toda la severidad y ordenó que aquella misma noche trajera la corona sin que nadie lo viera y la colgara de una rama de la paulonia en el patio del fondo. Huelga decir que el hombre así lo hizo puntualmente.

Así fue como Koedong-i logró rescatar la corona del rey de ese país, que había sido robada.

*Impreso en la República Popular
Democrática de Corea*

No. 306158



Pyongyang, Korea
1993

ISBN 978-9946-0-2187-4

